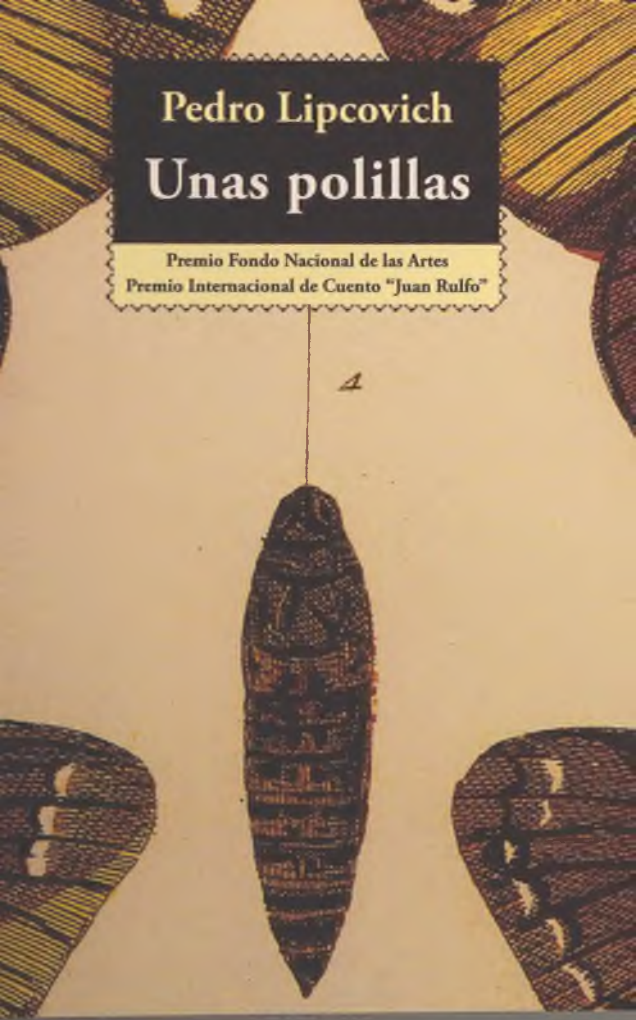
Pedro Lipcovich

Unas polillas

Premio Fondo Nacional de las Artes
Premio Internacional de Cuento "Juan Rulfo"



el cuenco de plata

Pedro Lipcovich

Unas polillas

RELATOS

el cuenco de plata

nueva narrativa

Lipcovich, Pedro
Unas polillas - 1a ed.
Buenos Aires - El Cuenco de Plata, 2009.
144 págs. - 20x13 cm. - (nueva narrativa)

ISBN 978-987-1228-77-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título
CDD A863

el cuenco de plata / nueva narrativa

Director editorial: Edgardo Russo

Diseño y producción: Pablo Hernández

Régimen de Fomento a la Producción Literaria
Nacional y Estímulo a la Industria Editorial.
Primer premio Fondo Nacional de las Artes.
Género Cuento. Año: 2008.
Jurado: Inés Fernández Moreno, Samanta Schweblin
y Pablo de Santis.

© 2009, Pedro Lipcovich
© 2009, El cuenco de plata
Av. Rivadavia 1559 3° A (1033) Buenos Aires, Argentina
www.elcuencodeplata.com.ar

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en octubre de 2009

Unas polillas

"El castigo", "Clase magistral" y "Relato del lirio", publicados inicialmente en 1989, se reeditan con modificaciones; "redaliz" fue concluido en 1991; "La Gris", en 2005.

redaliz

a Alberto Laiseca

Primera entrega

Somos una pareja de gemelos, somos especiales. No usamos armas como los españoles, ni herramientas como los esclavos. Desconocemos nuestro origen, y en verdad no nos sentimos inclinados a indagar al respecto. No necesitamos salir de esta isla. Sabemos que el Archipiélago Español es muy extenso y que una compleja red navegatoria ciñe sus mares. La invención de la polea, genial, y el conocimiento probabilístico de los vientos garantizan la superioridad de los barcos españoles. Nosotros vivimos en dependencias de la Gobernación de la isla. Nuestra habitación es cómoda. Disponemos de una cama, una mesa y una silla. Nuestros platos son dos, por supuesto, y están siempre bien provistos. Nuestra copa, de cristal tallado, es lo único que tenemos de valor; pasando la yema del dedo por su borde, produce un sonido puro, que, al modificarse según la copa esté más o menos llena, es música; la copa fue el regalo de los amos cuando empezamos a dejar de ser niños. Se nos permite salir y entrar libremente; conocemos la mayor parte de las edificaciones que gobiernan la isla y aun nos aventuramos más allá, cuando furtivamente visitamos a las hijas de los españoles. No se nos prohíbe andar por el jardín; lo cuida una

esclava llamada Lía, y hay un estanquecito sin peces.

Nuestro trabajo consiste en inventar palabras para los españoles.

Segunda entrega

En la entrega anterior, cuando estábamos por explicar cómo hacemos nuestro trabajo, tuvimos que interrumpirnos con motivo de un desacuerdo: uno de nosotros recapacitó de pronto sobre la afirmación de que no nos interesa indagar en nuestro origen, y declaró, ahora, tal vez sentirse dispuesto a esa indagación. En consecuencia, la entrega debe ser corregida: donde, recordamos, dice "No se nos ha dicho nuestro origen...", se suprime el resto de la oración y va punto seguido; sería mejor en realidad suprimir toda la oración. Nos pareció preferible, antes de hacer efectiva la corrección, consultar a Gabriel en el acto de la entrega: Gabriel se llevó la hoja tal como estaba, limitándose a decir que aun nuestros errores pueden ser pertinentes y que no vale la pena referirse a ellos.

Como decíamos, nuestro trabajo consiste en inventar palabras. Lo hacemos de acuerdo con un método cuyos pasos, tal como los describiremos enseguida y en su orden, son imprescindibles; no nos han sido enseñados por nadie, pero tampoco podemos en modo alguno decir que los hayamos inventado. El método que utilizamos para inventar palabras es el único posible, y esto, seguro, podría ratificarlo toda pareja como la

nuestra. Vamos a enunciar ahora los pasos del método, que acompañaremos con un ejemplo.

a) Descubrimiento: tiene lugar cuando se da la coincidencia de que en la misma noche los dos soñemos una misma palabra que no estuviera previamente en el idioma. Por ejemplo, "adhebrar". El resto del sueño puede ser distinto para cada uno; en todo caso, no nos interesa. El descubrimiento exige simultaneidad. A menudo, una palabra que ha soñado sólo uno de nosotros es soñada por el otro en la noche siguiente: eso de ningún modo la rescata o valida. Insistimos, las únicas palabras nuevas aptas para nuestro trabajo son aquellas que, coincidentes en el tiempo, se han presentado en el sueño del uno y del otro.

b) Recuerdo: en el caso de, al despertarnos, advertir coincidencia en una palabra soñada, pasamos la mañana separados. Cada uno, durante esa mañana, tiene recuerdos, de los cuales elige o se le impone uno. Cerca del mediodía nos reunimos para contarnos cada uno su recuerdo. Si los recuerdos resultan coincidir, la palabra soñada queda habilitada como invención. No es imprescindible que podamos establecer relación entre el recuerdo y la palabra: el hecho de que, en la mañana que sigue a haber soñado una misma palabra nueva, recordemos un mismo recuerdo, eso y sólo eso ubica tal palabra en la categoría de las inventadas por nosotros. Por ejemplo, éste es el recuerdo correspondiente a la mañana de "adhebrar":

Somos chicos. Estamos en el suelo de ladrillos rojos de la cocina de la Gobernación, frente a la esclava que

cuida de nosotros. Ella está sentada en una silla de madera fuerte. Nosotros, dulcemente nos aburrimos; empujamos unas polillas en torpe equilibrio por las ranuras entre los ladrillos, donde a veces hay caídos alfileres que pueden sacarse con otros alfileres. Los tobillos de la mujer vistos desde cerca tienen pequeñas grietas, ella está cosiendo ropa para sus hijos o tal vez para nosotros. Está sentada junto a la mesa donde hay unas bolsitas marrones que tienen sal. Ella tiene un hilo en la mano y lleva a su boca la punta del hilo. Ahora la punta del hilo brilla y ella lo acerca, perpendicular, a uno de los extremos de la aguja. El hilo choca contra la aguja y se dobla. Ella no se inmuta. Vuelve a humedecer la punta del hilo, vuelve a acercarlo y, ahora, el hilo pasa a través de la aguja sólida. Es que la aguja, muy cerca de uno de sus extremos, tiene un agujero, increíblemente chico. La aguja, tan delgada y destinada a penetrar, a su vez puede ser penetrada por el hilo o quizás también por otra aguja aún más delgada y ésta a su vez por otra aún más delgada, y así. En el recuerdo nos vemos mirar a la mujer que pasa el hilo a través de la aguja, ella y nosotros empequeñecidos por el tiempo, en el silencio de la cocina como una nuez roja en el centro de las construcciones españolas de la isla.

Desde luego, esta coincidencia de dos en el recuerdo es infrecuente; su improbabilidad se multiplica por la de haber soñado a la vez una misma palabra que no estuviera en el idioma. Es cierto que somos gemelos, nuestra identidad física y nuestra intimidad de siempre pueden explicar que nuestros pensamientos sigan un derrotero en común. Aunque las palabras que hemos logrado inventar son pocas, sin duda son más de las

que el cálculo de probabilidades haría prever: la ley de probabilidades, que facilita el éxito de los españoles en la navegación, no nos rige en la invención de palabras para ellos.

c) Significación y origen: Verificadas las coincidencias en sueño y en recuerdo, ya estamos seguros de haber inventado una palabra. Resta atribuirle origen y significado. Esto siempre es posible, nos lleve más o menos tiempo. El significado de "adhebrar", por ejemplo, es: pensar, dialogar, etcétera, pero de manera tal que conduzca a la precisa acción correspondiente. No negamos que esta definición presenta dificultades, como por lo demás las presentan las definiciones de muchas palabras de uso consagrado. Lo importante es que, por lo menos en nuestro criterio, la palabra así definida resulta útil e incluso necesaria. En realidad, nos resulta difícil admitir que, antes de nuestra intervención, el idioma no dispusiera de palabra específica para designar ese significado. ¿No se adhebraba, acaso? ¿Cómo se las arreglaban los españoles, cuyas acciones suelen ser tan importantes? ¿Cómo podían, por ejemplo, sostener una discusión sin contar con la posibilidad de que cualquiera de los interlocutores, en caso necesario, rectificara rumbos diciendo "Estamos hablando sin adhebrar"?

En cuanto al origen: toda palabra se origina en otras palabras. Es fácil advertir que "adhebrar" proviene de "adherir". Además, oculto en "adhebrar" está "celebrar"; ¿cómo no celebrar el punto en que las palabras hacen nacer la acción?

Establecidos el significado y el origen de la palabra inventada, finaliza nuestra tarea. Escribimos la pala-

bra, su significado y origen –no así el recuerdo, por ser personal– en una hoja que depositamos en el buzón de la Gobernación.

Como ya dijimos, las coincidencias que dan lugar a la invención de palabras son infrecuentes. Así, este trabajo nos ocupa poco tiempo en realidad. Tenemos también otra ocupación que consiste en limpiar las letrinas de los esclavos.

Tercera entrega

Ignoramos quiénes son los destinatarios de este informe, pero podemos suponer qué preguntas se formulan sobre nosotros: en efecto, una pareja como la nuestra no podría prescindir del sexo. En esto, también las hijas de los españoles se muestran curiosas. Por ejemplo: uno de nosotros está con alguna de ellas, en su intimidad de cortinados en el vasto dormitorio de las núbiles. Es la hora de antes de dormir, se escuchan rumores de las chicas que van y vienen, cuchicheos, alguna risa. Todas saben que una de ellas tiene visita; gracias a esa complicidad, y por el silencio servicial de las esclavas de antecámara, uno está ahí. Bajo la luz suave está la cómoda con frasquitos de colores, el espejo, la cama abierta, nosotros. Ella apoya la cabeza en el pecho de uno; nunca puede estar segura de cuál de nosotros, gemelos, es él. Ella hace preguntas. Tratándose de sexo nuestras respuestas son equívocas o engañosas. Para el sexo en pareja, es necesario distinguir el papel del hombre del papel de la mujer. El sexo

requiere, cada vez, algo así como un nuevo acuerdo: nos besamos apenas, los labios se rozan como en rúbrica. La hija de los amos nunca sabrá quién de nosotros está con ella. Él, con caricia firme, lleva la cara de ella hacia abajo por el torso. El espejo en la penumbra nos refleja con discreción. Ella se deja hacer, él la ha vuelto de bruces sobre la cama. La muchacha está prometida: de otra isla vendrá el hijo de españoles que la lleve en matrimonio, tal vez ya se acerca su barco, pesado de insignias. Ella alza las nalgas para facilitar la penetración. Él, erguido, toca con las yemas de sus dedos la hendidura. El espejo nos devuelve nuestros cuerpos amistosamente: sabemos cómo movernos ante él, cómo ubicarnos de manera que sólo revele el sexo del hombre y el de la mujer quede en sombras. Ella, abierta, fragante, espera.

Uno de nosotros acaba de decir algo que es obvio: tal vez los destinatarios de estas entregas se formulen otras preguntas, no las que nosotros suponemos sin conocerlos. Uno de nosotros se avergüenza. Sólo queríamos decir que no sabemos, nunca sabemos, si los españoles toman y usan las palabras que inventamos para ellos, pero que el líquido del sexo de sus hijas es nuestra certeza.

Cuarta entrega

Gabriel no sabe lo que hace con nosotros.

Quinta entrega

En el acto de la tercera entrega le dijimos a Gabriel que estimábamos cumplida la tarea encomendada, al haber ya consignado lo esencial de nuestra forma de vida, trabajo y sexo. Él respondió que de todos modos era necesario continuar, y, además de dejar el tema de cada entrega librado al azar o a nuestra voluntad, no estuvo dispuesto a comunicarnos quiénes son los destinatarios. Pero nosotros planteamos nuestras condiciones, a lo largo de una disputa que duró varios días y de la cual la entrega anterior es testimonio. Gabriel terminó haciéndonos confidencias –llegó a hablarnos de sus purdicaciones–, y, como nunca antes lo había hecho ningún español, demostró que conoce nuestras palabras y que recurre a ellas para adhebrar. Y nos habló de ustedes, los destinatarios: nosotros siempre habíamos soñado con que, en otras islas, hubiera parejas como la nuestra, pero sólo ahora lo sabemos. Los viajes de Gabriel trazan una red sutil entre todos nosotros, y ahora sabemos que nuestras entregas serán comprendidas y tendrán destino. Nosotros conocimos a Gabriel en nuestra infancia; era, creemos, la primera vez que él visitaba esta isla. En su condición de viajero se movía entre los amos con destreza mundana, como un pez entre peces menores. Pero, nos pareció o nos parece ahora, en el respeto que le otorgaban había cierta reticencia. Cuando vino hacia nosotros su sonrisa, insolente, era paternal. Uno de nosotros, recordamos, se ruborizó. Desde entonces volvió de vez en cuando; nos contaba de sus viajes. Nos hablaba de las Pirámi-

des Españolas, construidas gracias al poder de la polea, para durar por siempre; nos hablaba de los espejos tramposos que en algunas islas se usan para espiar al que se mira en ellos; de los salvajes, que andan desnudos y desconocen la diferencia entre el sexo y las palabras. Las visitas de Gabriel siguieron, espaciadas. En ésta nos encomendó este informe y, al parecer, no partirá hasta disponer de nuestra última entrega.

Queremos hablar de Lía. Para hablar de Lía tenemos que hablar del Castigo. En nuestra isla, se llama Castigo al acontecimiento que marca la entrada de los esclavos en la vida adulta. Sólo desde entonces los esclavos son en verdad tales, ya que durante la infancia, en realidad obedecen o desobedecen a sus mayores, y su esclavitud es entonces mero reflejo de la de otros. Las características del Castigo varían para cada esclavo, así como la edad precisa en que se ejecuta. Aunque el Castigo siempre es consecutivo a una falta cometida por el esclavo, no hay necesaria correspondencia entre su índole y severidad y la gravedad de la falta. Hay muertes por azar o negligencia en la aplicación del Castigo, pero son infrecuentes.

Lía es hija de la esclava a quien nos referimos en el recuerdo correspondiente a "adhebrar". Luego de morir su madre, fue transferida a los cultivos en la parte baja de la isla. Eso fue por la época en que nosotros empezamos con nuestro trabajo de inventar palabras. Tiempo después fue traída de nuevo a la Gobernación y puesta a trabajar en el jardín. Para entonces ya no era una niña pero todavía no había pasado por el Castigo. Nosotros, protegidos por el edificio de la Gobernación, nos asomábamos para verla. Recordamos sus

manos ágiles, la mancha dulce de la tierra entre sus dedos. Lía era morocha; así llamamos en nuestra isla a quienes tienen pelo negro y piel morena, lo cual es excepción entre los esclavos, en general rubios o castaños como lo somos nosotros; a veces, inclinada sobre sus plantas, se apartaba el pelo de la cara con un soplido, y este ademán, hoy nos lo hemos confesado, a uno de nosotros lo atraía y al otro le molestaba un poco.

Hablamos de ella en tiempo pasado pero está allí, no se ha ido, sigue trabajando en el jardín. Aun siendo morocha Lía tenía los ojos claros; pero no podemos recordar bien su cara de entonces. Una planta se marchitó, al parecer por exceso de humedad, quizá Lía no sabía que debía regarla poco: otras veces hubo percances parecidos, pero éste fue la ocasión para el Castigo. Unos esclavos cavaron un pozo. Lo cavaron en el lugar donde el jardín se va perdiendo en el monte que, desde la zona más alta de la isla, llega casi hasta los fondos de la Gobernación; allí no hay más que unas plantas sin importancia, que Lía cuida sólo por su gusto. Tardaron mucho en hacer el pozo. Fue un pozo profundo y estrecho, y a un costado quedó un montón grande de tierra y plantas desarraigadas. Después, ya oscureciendo, el pozo quedó como a la espera. De noche, el pozo era una mancha negra. De vez en cuando había en sus paredes pequeños desmoronamientos, que producían un ruido muy apagado. Cuando salió la luna, la boca del pozo pareció más negra. Al subir la luna, llegó a iluminar una de las paredes del pozo, mostrando raíces pálidas cortadas por los golpes de la pala. Poco antes del alba un animalito, un ratón de campo, cayó en el pozo, pero pudo salir, después de dos o tres

intentos, trepando por la tierra y las raíces. Al amanecer trajeron a Lía. Una mujer de huesos grandes la tomaba por un brazo y había unos hombres. Lía tenía baja la cabeza, sus ojos estaban en la sombra. La mujer la desnudó, como si Lía hubiese sido una española atendida por su esclava. El cuerpo de Lía temblaba. Nosotros teníamos frío. La tomaron por los brazos, la hundieron en el pozo. Quedó enterrada hasta el cuello, echaron tierra alrededor, apisonaron la tierra, dejaron la cabeza sola brotando de la tierra, y se fueron. Unas gotas corrían por la cara de Lía y caían a la tierra. La mujer volvió con un tachito y se inclinó: con movimientos ásperos le untó la cara, la frente, con algo que parecía sucio y era miel. Salía el sol. La cara de Lía estaba como enmascarada por la miel. Después fueron llegando hormigas, y otros bichos.

Cuando volvió la mujer, con un trapo mojado le quitó las hormigas de la cara, y espantó una abeja. La desenterraron. Lía quedó en pie, tambaleando. Uno de nosotros quiso ir hacia ella, olvidando que no se puede interferir en el Castigo, pero el otro lo contuvo. Lía se repuso pronto. Sólo le quedó la cara para siempre hinchada, y un párpado caído. Por nuestra parte no somos esclavos, sabemos que no estamos sujetos al Castigo; en la niñez, lo hemos temido mucho. A veces preferiríamos el Castigo a nuestra incertidumbre.

Sexta entrega

En la noche anterior a la primera de estas entregas, los dos soñamos la palabra *redaliz*. Esta palabra no quedó habilitada porque no hubo recuerdos coincidentes, ya que uno de nosotros, en la mañana que siguió, dijo no haber recordado nada (esto no había sucedido nunca). Como la palabra no está habilitada, es inútil buscarle origen y significado. El otro de nosotros, esa mañana, recordó una travesura infantil. Era verano; hacía poco que Lía había sido llevada a los cultivos en la parte baja de la isla. Una tarde encontramos, olvidada, una redecilla de esas que las esclavas usan para el pelo. Logramos fijarla con hilo y alambre en la punta de un palo, y fuimos al estanque en el jardín. Allí había unos pececitos, que desde siempre sobrevivían sin que nadie se ocupara de ellos; nosotros los mirábamos, trazos negros sacudidos bajo el agua. Pusimos nuestra red. Casi enseguida sacamos un pez; saltaba y cayó en el pasto, brillante. Jugamos a atraparlo, se nos deslizaba de las manos. Todavía saltaba cuando volvimos a poner la red, y sacamos otro. Toda la tarde estuvimos sacando pececitos del estanque con la red. Pasaron esclavos y también amos, nadie nos dijo nada. Al atardecer, el montón de pescaditos junto al estanque era dorado. Iban quedando menos peces, se hacía difícil capturarlos; nos peleábamos por la red o, poniéndonos de acuerdo, nos turnábamos. Cuando quedó un solo pececito, vacilamos. Nos miramos, ya era tarde. Uno de nosotros tomó la red. El pececito debía estar cansado, nos resultó fácil sacarlo. Sin alegría vimos sus con-

vulsiones sobre el pasto oscuro. Ya no quedaban pececitos. Tomamos un pescadito, lo volvimos a poner en el agua, cayó hasta el fondo. Tomamos otros, los acariciábamos, les soplábamos la cara como para revivirlos, los sosteníamos con nuestras manos en el interior del estanque, pero era inútil. Anochecía. Pusimos los pescaditos en la red y los llevamos a nuestro cuarto para que no tuvieran frío. Esa noche, lloramos. A la mañana los pescaditos estaban grises. En el estanque flotaban boca arriba los que ayer habíamos tratado de que volvieran a nadar. Todo ese día estuvimos quietos en nuestra puerta, jugando torpemente, haciendo girar nuestro plato hondo sobre el plato playo, como idiotas. Al día siguiente, una esclava se llevó los pescaditos de nuestro cuarto porque tenían olor.

redaliz siempre es igual y sus letras son distintas a las de las demás palabras; lo sabemos porque así se presentó en el sueño. Nos parece que *redaliz* es sólo para ser dicha en silencio. Esta palabra no es para los amos.

Séptima entrega

Después de su Castigo, Lía nos evitaba. Nosotros nos sorprendíamos mirándola. Ella trabajaba en el jardín. El pozo aquel había sido vuelto a llenar enseguida, y ella puso otra vez plantas allí. Una tarde, uno de nosotros contó al otro que Lía, mientras él desde lejos la veía trabajar, lo había mirado; contó que ella lo miró durante un instante largo, como quien dibuja un signo.

Decidimos que uno de nosotros se acercara a Lía; tal vez, si hubiéramos tenido armas como los españoles, habríamos peleado por ella hasta la muerte.

El que se acercó a ella no fue el que ella había mirado. Fue al día siguiente, en el atardecer. Él volvió ya de noche. Contó que habían caminado juntos, subiendo el curso del arroyo, y que habían hablado de cosas sin importancia. Ya que atardecía y había nubes rosadas, hablaron de cielo y nubes, dijo. Dijo que le contó a Lía que, cuando era chico, se echaba de espaldas bajo el cielo a ver pasar las nubes y encontrarles formas. En realidad cuando éramos chicos nos echábamos a ver pasar las nubes y entre los dos jugábamos a encontrarles formas. Lía le contó, dijo él, que en el tiempo que había pasado en la parte baja de la isla se sentía muy sola, aunque allí los esclavos son más que en la Gobernación, y que en las tardes de los domingos se echaba en el pasto a ver pasar las nubes. A nosotros siempre nos maravilló eso de las formas de las nubes. Cuando anocheció, Lía, casi como quien escapa, dijo él, tomó el camino de la casa de los esclavos. Él volvió despacio, escuchando los pequeños animales de la noche.

Desde entonces, preservamos el acuerdo de alternarnos en los encuentros con Lía. Cada uno, cada vez, le contaba después al otro lo sucedido, de modo que Lía pudiese creer que el que estaba con ella siempre era el mismo; sentíamos que Lía podía no aceptar que fuésemos dos. Tal vez lo supo siempre, pero fue la única que no hizo preguntas.

Octava entrega

Hoy uno de nosotros dijo que tiene miedo, desde hace tiempo tiene miedo de que el espejo de nuestro cuarto sea de esos que, como nos contó una vez Gabriel, se usan para mirar al que está adentro. Tal vez los españoles nos observen, tal vez siempre estuvieron observándonos, dijo. El otro de nosotros lo tranquilizó, le explicó que no hay motivo para suponer eso, le hizo admitir que es improbable; pero le preguntó por qué, si hace tiempo tiene ese miedo, no lo dijo antes. No sabe por qué no lo dijo antes. "Entonces, vos, desde hace tiempo, cada vez que el espejo nos refleja, me ocultás algo." No es para tanto, fue la respuesta. Sí, es para tanto, fue la respuesta, porque, desde que ese de nosotros siente eso, cada presencia suya ante el espejo resulta haber sido falsa, mera purdicación, porque todo, entonces, estuvo secretamente dedicado a los amos, supuestos tras el espejo. Él negó, humillado.

El incidente nos alteró. En esta entrega nos proponíamos hablar de Lía, del primer beso, pero ahora nos sentimos torpes e increíbles.

Novena entrega

El primer beso con Lía no tuvo nada de particular; fue, suponemos, como cualquier primer beso entre un esclavo y una esclava, o tal vez incluso entre un español y una española. Pero, en el siguiente atardecer, ese

de nosotros que estaba con ella no era, naturalmente, quien la había besado el día anterior. Al encontrarse se tomaron de la mano. Como en otras tardes fueron bordeando el arroyo. En el camino, él trató de besarla; no porque quisiera besarla por primera vez en ese momento sino por suponer que ella esperaba entonces el beso de quien ya la había besado el día anterior. Pero Lía rechazó el beso. Él, en un instante doloroso, creyó que ella lo había reconocido diferente y que, a él, lo rechazaba. Hicieron unos pasos en silencio. Ella se detuvo, lo miró. ¿Esperaba que él le confesara que no era quien la había besado la tarde anterior? Él nada dijo. Y con alivio escuchó, él dijo después al otro de nosotros que escuchó cómo ella le pedía perdón por no haberlo besado porque estaba triste, dijo ella, perdón. Caminaron en silencio. Llegaron al lugar donde el arroyo pasa entre sauces, se sentaron en la orilla. Él, ocioso, inclinado hacia el agua, miraba las piedras bajo los reflejos cristalinos. Lía se acercó, él vio en el arroyo el reflejo de la cara de Lía; el temblor del agua volvía casi invisibles las marcas del Castigo. Lía, desde el agua, lo vio mirar su reflejo. Y Lía, cubriéndose la cara con las manos, se puso a llorar. Él alzó la vista, la miró, ella lloraba convulsa, él la abrazó, apartó las manos que ocultaban la cara, ella tenía la cara tan desnuda, ella apretaba entre las manos el trozo de lienzo que las esclavas usan como pañuelo. Él lo tomó de sus manos, húmedo. Lía lo miró. Él, con el pañuelo, sobre su mano hizo para Lía un conejito; hizo las orejas del conejito con dos puntas del pañuelo, entre el meñique y el anular y entre el pulgar y el índice; el hocico del conejito era la tela del pañuelo sobre los demás dedos; una es-

clava nos enseñó a hacer el conejito en nuestra infancia, en la cocina de ladrillos rojos, y ahora Lía ve el conejito y ríe entre lágrimas, el conejito acerca el hocico a la cara de Lía y le da un beso que seca las lágrimas sobre la mejilla, y una mano de Lía acaricia al conejito y se alza hasta la mejilla de él, el conejito se retira y él la besa, junto al arroyo se besan por primera vez, así contó ese de nosotros el segundo primer beso.

Décima entrega

Nunca hicimos, nunca ninguno de nosotros hizo con Lía el sexo, el amor; sólo con Lía el sexo hubiera sido el amor. No sabemos qué pasó, no sabemos por qué. Sabemos que nos rechazó por fin al uno y al otro, o, para ella, a uno solo que insistió. Tratamos de buscar razones pero sólo tenemos unos recuerdos dispersos, como piedras, como lajas en el suelo sin formar camino. Nos alternábamos en los encuentros con ella: naturalmente permanecía fija la doble función del que iba a su encuentro y el que permanecía, acodado en la ventana de nuestro cuarto, mirándola irse con el otro. A veces, antes de alejarse con el que la acompañara, ella detenía su vista en el que se quedaba, y cada uno de nosotros ha sentido en esos momentos, primero, el alivio un poco torpe de decirse que, la vez siguiente, sería él el que fuese con Lía, pero, también, la distancia irreparable que nuestra condición, nuestra monstruosa condición de gemelos trazaba entre ella y cada uno de nosotros. Nos preguntamos ahora si esas miradas leves al

que quedaba en la ventana eran un mensaje, un pedido. Tal vez ella en verdad amó a ese, siempre igual a sí mismo, que desde la ventana la veía alejarse con aplacado dolor. No sabemos nada. Una vez, cuando uno de nosotros volvía con Lía desde el arroyo, un español que venía en dirección contraria se detuvo a mirar a Lía. Decidiéndose, con una voz breve la llamó para el sexo. Lía vaciló. No acudió inmediatamente como lo hace cualquier esclava, sino que vaciló. Lía no miró entonces al que de nosotros estaba con ella, pero él, después al contarlo, él juró, él supo que hubo en ella ese momento de vacilación, y él, solitario en el camino anochecido mientras el español se satisfacía en Lía, él sabía que esa vacilación atormentó la carita de Lía, *redaliz*, él sabía mientras, del lado de acá de los matorrales que tapaban al amo y a Lía, esperaba.

Por nuestra parte, nos satisfacemos en las hijas de los españoles. Algunas llegan a enamorarse, es decir, llegan a creer que aman a uno de nosotros. Éstas realmente sufren cada vez por la incertidumbre de si el que está con ellas es el que aman (con ellas, desde luego, no nos alternamos en orden sino por azar o capricho). Pero nosotros decimos que su amor es mentira, que sólo es impulsado por la inminencia del barco pesado de insignias que, por virtud del cálculo probabilístico de los vientos y de las ágiles poleas españolas, siempre está a punto de asomar sus velas sobre el horizonte de la isla. No, no nos interesa el amor de las hijas de los amos, salvo para gozar de él. Alguna que otra se mató, tal vez por ese amor, pero aun en esto fuimos sólo excusa, y en todo caso no fuimos castigados por ello. Por lo demás, hemos sabido definir para nosotros un espacio

propio, y en realidad nos hemos bastado a nosotros mismos. A veces, por ejemplo –esto es tal vez consecuencia de nuestro oficio–, nos divertimos en atribuir a ciertas palabras del idioma una significación reservada, que no transmitimos a los españoles mediante el buzón de la Gobernación. Es el caso de "culebrina", que para los españoles es una antigua arma de fuego y para nosotros designa esa pequeña culebra que sus hijas núbiles entibian al pasarla de mano en mano entre risas, en los dormitorios, en la noche. Al fin y al cabo esto no es más que una aplicación particular de lo que suele suceder con las palabras; por ejemplo, "polilla", en nuestra isla, actualmente no sólo designa a un insecto sino también a las poleíllas, las pequeñas poleas con que juegan los chicos. De todos modos, cuando no nos hacemos ilusiones sabemos que la primacía de culebrina es ser un arma mortal.

Decimoprimera entrega

Nos despertamos llenos de miedo. De repente nos aterra a los dos que los españoles puedan mirarnos por el espejo. Nos obsesiona imaginarlos del otro lado, sentados haciendo breves comentarios entre ellos, observándonos como a pequeñas ratitas iguales. Sí, ya aceptamos que es improbable, pero la probabilidad nada tiene que ver con esto (cómo pudimos conformarnos con que sea improbable, nosotros, si nuestro trabajo de inventar palabras se funda en que lo improbable tiene lugar). Por supuesto, sería inútil preguntarles a

los españoles si nos espían, en cualquier caso contestarían que no. Nos planteamos buscar ayuda en Gabriel, que es diferente de los demás españoles, pero uno de nosotros se opuso, no porque desconfiemos de él; tal vez estas entregas sean nuestro castigo, pero sólo sus destinatarios podrían entendernos.

Decimosegunda entrega

Finalmente buscamos ayuda en Gabriel. Después, ya solos, nos acordamos de cuando éramos chicos y Gabriel nos visitaba en nuestro encierro y nos hablaba de sus viajes. Una vez nos regaló una barrita de caramelo que partió en mitades exactas para cada uno, y se acordó, Gabriel, de un sabor de caramelo que sólo había en su isla natal, en su infancia; nos dijo el nombre de ese sabor, y hasta trató de decirnos cómo era, pero un sabor no se puede transmitir. Hoy nos acordamos de eso y de otras cosas, no con esa manera especial de recordar que usamos para inventar palabras, sino que simplemente, hablando, nos fuimos acordando de cosas, como cualquier español o cualquier esclavo. Y, después, sucedió que encontramos la solución para el problema del espejo.

La manera de decidir la falsedad o veracidad del espejo es acceder, por sorpresa o, mejor, inadvertidos, al otro lado de la pared a la que está adosado. Tenemos un plan. Al guardia apostado en la noche en la boca del corredor que, desde el salón de reuniones, lleva a las áreas reservadas de la Gobernación, podremos eludirlo mediante el recurso de, emboscados entre

los cortinados del salón, arrojar una piedrita a un rincón distante. Cuando el guardia va a investigar, nos escabullimos por el corredor. Somos ágiles y silenciosos. Nos alumbramos discretamente gracias a un frasco de vidrio claro lleno de luciérnagas, que hemos preparado y protegido con un trapo. El corredor es seguramente curvo. Hoy mismo hemos dibujado un plano de cómo suponemos que son las áreas reservadas de la Gobernación. Por el corredor sin duda se accede a un patio interior, al cual da la habitación que nos interesa. ¿Cómo distinguirla? Debe haber indicios: por ejemplo, para que desde allí los españoles puedan mirar a través del espejo sin ser vistos por nosotros, esa habitación tiene que poder oscurecerse; entonces, las cortinas que la separan del patio deben ser espesas, mientras que las demás habitaciones probablemente tengan cortinas que permitan el paso de la luz, ya exigua en ese patio interno. Nuestras visitas a las hijas de los amos nos han dado experiencia de lo furtivo, aunque en este caso no contaremos con complicidades: contamos con nosotros mismos, con nuestra alianza. Si descubrimos que en efecto nuestro espejo es usado para observarnos, en esa habitación dejaremos un signo, que habremos llevado preparado: será un pequeño envoltorio, bien cerrado, que contendrá simplemente un poco de excremento; lo esconderemos allí. Desde entonces, en nuestro cuarto ante el espejo, cada vez que nos parezca oportuno o que nos plazca, haremos un gesto o indicación equívoca que, sin que los observadores puedan todavía discernirlo, se referirá al signo de nuestra burla oculto en su habitación. Finalmente, cuando así lo decidamos, haremos el gesto por el cual los españoles

descubrirán, a la vez, el contenido del paquetito y el sentido de nuestros gestos anteriores. Hemos hecho este plan y lo cumpliremos: por primera vez, hemos adhebrado.

Queda por considerar la cuestión del regreso. A la salida del corredor el guardia estará sobre aviso, no será posible repetir la estratagema de la piedrita. Si es necesario, estamos dispuestos a matarlo. Para procurarnos un arma, hemos decidido romper nuestra copa y, en la expedición, portar pedazos de cristal filoso. Pero uno de nosotros se desdice ahora de esa determinación, que nos dejará sin música.

Entre el párrafo anterior y éste, hemos discutido sobre si romper la copa y después también sobre otras cuestiones.

La discusión continuó después de la frase anterior. Uno de nosotros estuvo a punto de romper ya, él, la copa, pero el otro le contuvo el brazo.

Uno de nosotros, de repente, ha dicho que él hizo el sexo con Lía.

Decimotercera entrega

Dijo que fue hace poco, reconoció haberlo ocultado al otro de nosotros. Dijo que fue al jardín a buscarla; que era mediodía y que el sol era muy desesperante, así dijo. Ella trabajaba de rodillas entre unas plantas, de espaldas a él. Él se acercó. Dice que Lía sintió su presencia pero que no se movió. Él se puso frente a ella y, como un amo, hizo el gesto de llamarla para el sexo. Ella lo

miró, desde abajo, como sin comprender. Él dice que no es que ella haya vacilado como aquella vez ante el llamado del español, sino que lo miró sin comprender. Él sentía, él dice que sentía como si un viento lo agitara, lo anulara, él entonces repitió la orden. Ella apartó la vista y se puso de pie, en obediencia. Él la llevó fuera del jardín, hacia las letrinas de los esclavos. Ella se dejaba conducir. Él dice que había demasiado sol. En las letrinas la hizo entrar en el cubículo más apartado, le ordenó que se desnudara. Lía se desnudó, con la vista baja. Él dijo que las caderas de Lía desnudas son espléndidas, oscuras. Él dijo que se arrodilló para besarlas y que ella, con los brazos caídos, lo dejaba hacer. Él dijo que él se desnudó. Dijo que le indicó a Lía que se acostara sobre el tablón que cubre la letrina. Él abrazó el cuerpo de Lía, él tocó el cuerpo tibio de Lía. Ella estaba quieta. Él dijo que ella estaba quieta, ausente. Entonces él le pegó. Dijo que le pegó a Lía. Dijo que le pegó en la cara con la mano abierta, que le pegó varias veces hasta que Lía, dijo él, empezó a moverse bajo el cuerpo de él, primero como en obediencia a los golpes pero, después, llevada por sí misma, dijo él; Lía se agitaba en su pequeño vendaval en la letrina hedionda, y él dijo que Lía, en lo alto del placer, dijo que Lía grita como un pájaro ronco, y entonces el otro de nosotros le dio un puñetazo en la boca. Él no respondió al golpe. Se quedó como perdido, frotándose el labio ensangrentado; después se acurrucó en la cama, ocultando el rostro; las sábanas quedaron manchadas de sangre como si hubiese habido una desfloración. Permanecimos sin hablarnos hasta ahora, cuando nos juntamos para hacer esta entrega.

Decimocuarta entrega

Yo lo veo dormir en la penumbra; veo el agujero de su boca abierta, la marca de mi golpe junto al labio. El espejo nos refleja apenas como bultos separados, yo estoy junto a la ventana, lamido por la lengua de perro de la luna. Ahora se retuerce, ¿siempre dormimos así? Habla en sueños, dice palabras que no me interesan. No quiero que despierte, no quiero que me vea solo en esta entrega. Ustedes me despreciarán, ustedes se reirán. Yo también llamé a Lía para el sexo, como un amo. Ella obedeció. En el cielo había una sola estrella. La llevé a las letrinas. Había un trapo, un estropajo que él o yo olvidamos sucio, sentí vergüenza. En el último cubículo le dije a Lía que se desnudara. Yo temblaba, tenía las manos frías; traté de entibiármelas, me froté las manos para entibiarlas y que ella no se estremeciera al tocarla yo. Ella se acostó, desnuda, por primera vez le vi las caderas como una copa llena. Yo la acariciaba y ella se dejaba hacer. Yo no podía mirarla a la cara, pero mis manos se endulzaban en su cuerpo. Apreté mis mejillas entre sus pechos, la abracé mucho, cerré muy fuerte los ojos porque temía llorar, y eso duró y de repente sentí que ella, con tanta timidez, me acariciaba. Yo no la obligué a acariciarme. Yo besaba en torno a su boca, nos acariciábamos. Algo en ella de a poco subía como un trueno pequeño, me acariciaba y sus labios, quiero decir, yo no le pegué. Abrí los ojos y vi su cara, con la mancha violeta del Castigo, Lía tenía los ojos cerrados y la sentí venir, la sentí venir toda, y entonces algo, yo, retrocedió: la dejé sola y desnuda,

yo digo que retrocedí. No le pegué como él, que duerme, duerme rodeado de su propio olor insoportable, y entonces, después del fracaso, mi cuerpo avanzó todavía sobre ella, ciego, hacia el final, hasta una torpe purdicación. Quedamos quietos, en silencio; traté todavía de acariciarla. Pero él, él dijo que Lía gritó, que Lía sabe gritar como un pájaro ronco, *redaliz*.

Decimoquinta entrega

Uno de nosotros despertó en la alta noche y vio que el gemelo no estaba a su lado sino junto a la ventana, pálido a la luz de la luna. El que entonces despertó dice que el que estaba junto a la ventana hizo gesto de ocultar algo. Quedamos en silencio. El que recién había despertado empezó a hablar desordenadamente: dijo haber soñado que el que estaba despierto preparaba una entrega individual, de acuerdo con Gabriel y a espaldas de él. El de junto a la ventana estaba lívido, por la luna. Dijo que el durmiente, cobarde, disfrazaba de sueños sus sospechas; dijo que toda entrega individual sería imposible, porque somos dos. Dijo que estaba insomne junto a la ventana por la tribulación de haber visto a Gabriel en un acto terrible: había visto a Gabriel depositar nuestra última entrega en el buzón de la Gobernación. El que estaba en la cama replicó que eso no le importaba. El insomne insistió: Gabriel, así descubierto, primero vaciló; después, insolente, dijo que en efecto nuestras entregas son para los amos; no hay otros como nosotros en otras islas, o, si los hay, nunca sa-

brán de nosotros. El durmiente respondió que el insomne estaba mintiendo a fin de ocultar lo que realmente importa entre nosotros. El insomne, como sin escuchar al durmiente, dijo que trató de increpar a Gabriel pero que, sin saber cómo, se vio rogándole que por lo menos no destruya o altere nuestras entregas. Gabriel, ya dueño de la situación, dijo que sólo suprimirá lo que no tenga importancia. Él, humillándose, le pidió que no quite el recuerdo de la esclava en la cocina de ladrillos rojos ni la historia de la boca de Jesús. El que estaba en la cama desestimó el recuerdo de la esclava en la cocina, y agregó un comentario sarcástico. Quedamos en silencio, exhaustos. El que estaba en nuestra cama dice que el que estaba junto a la ventana parecía un insecto enorme y blanquecino. Ya amanecía cuando el insomne se acostó. Hubo una purdicación atroz, y un dormir sin sueños. Tal vez alguien, ojalá, nos haya visto desde el espejo.

Ahora, cuando hacemos esta entrega, es mediodía; lo de anoche es lejano y no es real. Hacemos esta entrega para ustedes; los imaginamos, monstruosos como nosotros, leyéndonos con las cabezas juntas, en secreto. Más al atardecer iremos a caminar, cada uno solo. A esa hora Lía ya no está. Uno deja atrás los edificios de la Gobernación, uno atraviesa el jardín y llega al lugar de las plantas que Lía atiende por su gusto o porque las encontró débiles y tuvo compasión, uno va más lejos, donde sólo hay baldío y cesa todo lo plantado por los españoles cuando hace tanto tiempo llegaron a esta isla que no es de ellos, no es de ellos, y después empiezan los arbolitos duros, espinosos de la isla, el monte donde sólo quedan unos pocos animales en mie-

do perpetuo, y seguimos todavía, en la noche, hasta la modesta cumbre desde donde, sabemos, a lo lejos alienta el mar, y vemos su línea de espuma que brilla como una risa.

Última entrega

Recién, los dos soñamos un mismo sueño. Antes habíamos tenido una pelea, pero entre nosotros las peleas sólo son excusas. Hay algo maravilloso en haber soñado lo mismo: cada uno se hace figura del sueño del otro, en un entrelazamiento exacto y móvil. Peleábamos entre nosotros. Nos aferrábamos y nos pegábamos, simétricos; la marca que uno de nosotros tuvo en la boca ya se borró. Nuestras caras eran blandas al ser golpeadas, y se mojaban de una sangre suave. Uno cayó al suelo y el otro le pegaba y le pegaba. El caído, sin saber cómo tuvo en sus manos nuestra copa. Enseguida la copa se rompió como por sí sola, de tan frágil, y él, en un movimiento leve, la llevó al cuello del que le pegaba. Entonces el que pegaba dejó de pegar, cayó a su vez blandamente manchando al otro de rojo porque del cuello le brotaba una sangre espesa que él, y esto era ridículo o patético, trataba de contener llevando sus manos al cuello como si tuviese frío. El herido quedó de espaldas. Todo estaba en silencio. La sangre salía despacio, apacible. El otro de nosotros, apoyado en el suelo, veía la sangre fluir. Las manos del herido dejaron la garganta, como quien renuncia a un pudor, y quedaron a los costados de su cuerpo. Ya brotaba menos sangre. La cara del desangrado se iba haciendo

distinta, gris. Entonces, antes de que la sangre se agotara, soñamos, él soñó, yo soñé que venía Lía, con su carita intacta de antes del castigo, *redaliz*, y me besaba en la boca.

El castigo

Un mediodía, cuando Diego volvió de la escuela, sus padres no se dieron por enterados de su presencia: él comprendió que ya estaba siendo castigado.

En el almuerzo, no hubo plato para él. La madre se mostró inquieta por la tardanza de Diego. El padre la tranquilizó: "Diego tiene ya doce años", dijo, pero también se lo notaba preocupado. La hermana mayor, como siempre, estaba en otra cosa. Diego fue a la cocina y se sirvió algo de comida. Se retiró a su cuarto, diciéndose que el castigo duraría por lo menos hasta la noche.

En la cena, tampoco fue tomado en cuenta. Diego experimentó rebeldía: dio un puñetazo en la mesa que hizo temblar la vajilla. La hermana lo miró. Entonces el padre tomó a la hermana por un brazo y la abofeteó. Fue la única vez en la vida que Diego vio a su padre pegar. La hermana estuvo a punto de retirarse de la mesa pero no se atrevió; permaneció con la vista fija en su plato, la cara congestionada. La madre no prestaba atención: no probaba su comida; se notaba en ella la angustia por la ausencia del hijo. Finalmente, el padre dejó la servilleta sobre la mesa y se puso de pie: "Hay que avisar al comisario", dijo.

El padre volvió con el comisario, su amigo. Era evidente que lo había puesto al tanto de la situación. El

comisario recorrió la casa. No miró a Diego, que estaba en silencio en su cuarto. Diego comprendía que el episodio del puñetazo en la mesa podía haberlo perjudicado y que era mejor no provocar disturbios, esperar a que la situación se disolviera por sí sola. El comisario anunció que esa misma noche iban a buscar hasta encontrarlo e intentó calmar a la madre, que no cesaba de llorar.

Los días siguientes fueron terribles. La madre permanecía sentada, sollozando. El padre iba y venía con fuertes taconazos. Hasta la hermana tenía una expresión abatida y derramaba lágrimas por él. Finalmente, el padre llegó con la noticia: habían encontrado su cuerpo ahogado en el río, en los rápidos. Al intentar rescatarlo, el cadáver había derivado hasta el torrente y ya no se podría recuperarlo.

La madre buscó el amparo de los brazos del padre. Enseguida, la hermana se unió a ellos. Diego veía el abrazo de los tres, las espaldas de las mujeres agitadas por los sollozos. Por un instante quiso acercarse, meter sus brazos como una cuña para incorporarse a ese pequeño círculo, pero comprendió que hubiera sido ridículo. Angustiado, volvió a su cuarto.

No habiendo cadáver, no hubo velatorio, pero sí un entierro simbólico para el cual la familia adquirió un ataúd blanco y pequeño; Diego siempre había sido menudo. Él vio pasar el ataúd y el cortejo desde las ventanas entornadas de su casa.

Después vino un tiempo menos agitado pero muy triste. La madre pasaba todo el día haciendo labores de bordado y suspirando. El padre se sumergió en sus negocios; sólo estaba en casa por las noches, demacra-

do y taciturno. La hermana salía mucho. Diego permanecía en la casa, inquieto. Los juegos infantiles lo aburrían ya, pasaba horas hojeando revistas viejas hasta aprendérselas de memoria. Una vez intentó salir: fue un mediodía; esperó a la salida de la escuela a sus antiguos compañeros. En cuanto lo vieron, huyeron espantados; todos menos uno, el más ladino, que se quedó a hacerle burlas. Entonces él también huyó, sintiendo mucho desamparo, y no paró de correr hasta que llegó a su casa.

La madre entraba todos los días en el cuarto de Diego. Lo ventilaba, cambiaba las sábanas semanalmente. Solía quedarse allí largas horas por las tardes, haciendo sus labores junto a la ventana. A veces levantaba la vista, miraba los viejos grabados infantiles en las paredes, la biblioteca con unos pocos libros y los ajados cuadernos escolares, y unas lágrimas corrían por sus mejillas. Diego, recostado en el suelo, leía revistas y sentía una especie de paz.

Él comprendía que el dolor de sus padres era sincero y que el castigo no podría durar indefinidamente. Pero la situación familiar se complicó a raíz de la mala conducta de la hermana, que inquietó gravemente a todos. Diego fue testigo de amargas discusiones. La hermana no quería entender las razones de los padres, o simulaba admitirlas para después proceder a su antojo. Diego pensaba que, si bien la hermana siempre había tenido actitudes reprochables, últimamente estaba muy afectada por el castigo de él, y especialmente por la dolorosa experiencia de su entierro, lo cual explicaba su comportamiento errático o inaceptable. Incluso una vez, en medio de una fuerte discusión, les

habló, tratando de hacer valer este punto de vista, desde luego sin ser escuchado. Los conflictos con la hermana enturbiaron toda tranquilidad. La madre caminaba por la casa inquieta o exasperada, y su presencia en el cuarto de Diego era ahora ocasión de explosiones dolorosas que venían a sustituir aquella nostalgia serena. El padre dio en permanecer más tiempo en la casa, a fin de vigilar a la hija descarriada. Fueron años turbulentos aun para Diego, que no podía más que ser testigo de los acontecimientos. Es que las actividades de Diego eran muy limitadas: comía, sin mucho apetito, cuando quería; durante bastante tiempo pensó que el hecho de que siempre hubiera comida a su disposición era una manera de reconocer su presencia, hasta que hubo de recordar que en la casa siempre habían sido negligentes en ese sentido y que las quejas que ahora escuchaba, con respecto a la creciente presencia de ratas en la despensa, ya tenían lugar cuando él vivía. Además de comer, recorría la casa, miraba el cielo cambiante desde las ventanas, releía las revistas en las que de vez en cuando aparecían fotos de actrices o cantantes de las que él se valía para una actividad sexual que le era vergonzosa y frustrante, por lo cual la espaciaba al máximo.

Él comprendía que, en tanto la familia estuviera absorbida por los problemas referidos a la hermana, difícilmente podría esperarse cambio alguno con respecto a su propia situación. Por eso hubo de alegrarse cuando ella se puso de novia y presentó el novio a la familia. Era un extranjero, afincado en la localidad desde hacía varios años. Fue bien recibido por los padres, quienes con acierto consideraron que el noviazgo

y, sobre todo, un pronto matrimonio pondrían fin a las inconductas de la hija. En la primera visita, el novio estaba ostensiblemente nervioso. Si bien era evidente que ella lo había aleccionado con respecto a Diego, el hombre por momentos no podía evitar mirarlo o manifestar una mal contenida incomodidad. Diego, por su parte, por primera vez se dijo que debía parecer un monigote, todavía con las estrechas ropas infantiles en su cuerpo largo de adolescente crecido. De hecho, poco tiempo después reemplazó esa ropa por unos trajes en desuso de su padre, que de todos modos le quedaban algo cortos y demasiado amplios.

Empezó un tiempo que hubiera sido de plena alegría para la familia de no ser porque, en los mejores momentos, ciertos suspiros de la madre, ciertos silencios del padre delataban el dolor por la ausencia de Diego. Tal vez no había una verdadera reconciliación entre la hija y los padres, pero los conflictos habían quedado superados por el innegable cambio producido en ella, por los preparativos para la boda, por la presencia del novio que resultó ser un hombre honesto y tratable. Diego era quizás el más feliz, comprendiendo que la próxima partida de la hermana crearía condiciones óptimas para que su situación fuera replanteada de una vez por todas. Incluso los momentos de pena que discernía en los padres levantaban su ánimo, pues demostraban que el amor de ellos hacia él no había muerto.

Fue sin embargo por esta época cuando Diego hizo algo que a él mismo le resultó, más que bochornoso, incomprensible. Tal vez el punto de partida fue una discusión entre los padres y la hermana, la más violenta de

todas, un tiempo antes de que ella se pusiera de novia. En aquella discusión, el padre llegó a gritarle a la hermana que su lugar debía ser el prostíbulo; ella, ahogada de rabia y llanto, se fue de la mesa. La acusación no se repitió, pero reimplantó en la mente de Diego el recuerdo de ese rancho oscuro, situado en el margen de la localidad, que él había sabido atisbar desde lejos, junto a otros chicos, con una fascinación burlona y espantada. Pasaron meses. Una noche, levantándose en puntas de pie, Diego pasó al dormitorio de sus padres y robó el dinero del día, que el padre descuidadamente dejaba sobre la mesa de luz. Salió de la casa por la puerta trasera. En la calle, oscura y solitaria, parpadeó como si hubiera salido a la luz. Diego caminó sin mirar a los costados, impulsado por una fuerza que lo angustiaba hasta la sofocación. Por las calles dormidas, llegó al prostíbulo. De la puerta entreabierta brotaba una luz amarilla. Entró sin vacilar, sintiendo los latidos en su pecho. Lo recibió una mujer grande y taimada. Lo miró primero con desconfianza, después como reconociéndolo. "Pasá", le dijo, y llamó a una muchacha de las varias que estaban sentadas en sillas –Diego no las había visto–, charlando. La muchacha desganadamente llevó a Diego a un cuarto precario. Se desnudó de la cintura para abajo y se tendió inmóvil en la cama. Diego se desvistió por completo. Inútilmente trató de acariciar, de penetrar. La mujer permanecía quieta, como adormilada. Él renunció a ella y quedó también tendido boca arriba, a su lado. "No importa", dijo la muchacha, y le acariciaba un poco el pelo. Él se volvió hacia ella, la tomó por un brazo, la miró a los ojos. Entonces sonaron dos golpes en la puerta: el turno de Diego había terminado. Volvió

del prostíbulo casi corriendo, poseído por el temor de que lo sorprendiera el amanecer o que las puertas de su casa estuvieran cerradas.

El padre atribuyó a su hija la desaparición del dinero, y tal fue el motivo del último y breve entredicho con ella. La hermana, ya por ese entonces próxima a casarse, se limitó a negar con desprecio. El padre, no deseando perjudicar las buenas relaciones con su hija y su futuro yerno, prefirió olvidar el episodio. Diego nunca olvidó a la muchacha del prostíbulo.

Las bodas de la hermana tuvieron lugar en la casa que iba a ser de la nueva pareja. Esa noche Diego, solo en su casa, caminaba a grandes pasos, esperando el regreso de los padres: alentaba la perspectiva de una inmediata conversación con ellos. Cuando los escuchó llegar, excepcionalmente se ubicó en uno de los sillones de la sala. Los padres se sentaron en el sofá, muy cerca de él. Diego los había previsto alegres pero parecían abatidos. Permanecieron largo rato en silencio. Finalmente la madre, llevándose una mano a los ojos, dijo: "Nos quedamos los dos solos". El padre, cortando todo desborde emocional, apresuradamente le pidió que le hiciera un té, había comido demasiado y no se sentía bien. La madre se puso de pie con gesto resignado. Diego comprendió que todo intento sería en ese momento inútil. Se retiró a su cuarto sin hacer ruido, como si temiera perturbar.

Vinieron años sin esperanzas y sin grandes dolores. Habían vuelto las tardes tranquilas y melancólicas en las que la madre hacía sus labores en el cuarto del hijo, sólo interrumpida por los recuerdos del ausente. Las visitas de la hermana y su esposo eran espaciadas y

corteses. El padre, ya envejeciendo, había vuelto a aferrarse, quizás en exceso, a su trabajo. Diego había engordado, dormía mucho, pasaba las tardes junto a su madre, releía las revistas, que ahora eran más, porque el yerno le pasaba al suegro los ejemplares ya leídos de unas revistas modernas que compraba.

Sólo varios años después, la hermana quedó embarazada. Fue una noticia muy alegre, y los últimos restos de rencor entre la hermana y los padres –que, aunque ocultos, permanecían– se disiparon ante la perspectiva del nieto. Diego sintió al comienzo un inexplicable fastidio pero luego se entusiasmó a su vez. Sentía que este nuevo cambio podía beneficiarlo. Por momentos, con malicia, se preguntaba cómo harían para instruir a un niño pequeño acerca de su desaparición.

Fue varón y sano. Pasaron varios meses hasta que Diego conoció a su sobrino. Los padres hacían visitas a casa de la hermana; cuando volvían, Diego escuchaba con avidez los comentarios; a partir del retrato construido por sus padres, el niño se le aparecía hermoso, iluminado. Un día, supo que la hermana y el cuñado les harían una visita. Los esperó con anhelo. Cuando llegaron, él estaba en la sala. Traían al bebé en un moisés. No le pareció tan lindo como decían sus padres, pero lo atrajeron sus ojos vivaces; pensó que se parecía a alguien, sin poder discernir a quién. Mientras los mayores conversaban, Diego giraba en torno al moisés: con los años, había adquirido una especie de descaro. Inclinándose sobre el moisés, sonrió al bebé, que respondió a su sonrisa. Olvidado de todo, lleno de piedad, estableció un diálogo de sonrisas con el bebé que agitaba los bracitos. Y Diego hizo algo extraordinario: alzó al bebé con sus

manos temblorosas. Entonces, por primera vez escuchó la voz del esposo de la hermana dirigirse a él, con miedo y cólera: "¡Qué hace!", decía, y la sombra del hombre estaba sobre él. Diego, aterrado, estuvo a punto de dejar caer al bebé, que rompió a llorar. El hombre se lo arrebató. En un vértigo, antes de huir hacia su cuarto, Diego vio que la hermana se llevaba las manos a la cara mientras los padres, ausentes, miraban al vacío.

La hermana y el cuñado no visitaron ya la casa. Poco después, se trasladaron a una localidad lejana, donde a él se le habían ofrecido mejores posibilidades de trabajo. La vida se hizo monótona y algo amarga. La partida de la hija y sobre todo del nieto terminó de agriar el carácter del padre. En la madre, el antiguo sufrimiento por la pérdida del hijo se agudizaba y enturbiaba con el dolor de la lejanía de la hija y el nieto, y con la zozobra que le causaba el malhumor de su marido. Diego empezó a pensar (o más bien a comprender que siempre lo había sentido así) que su castigo no era exactamente obra de ambos padres, sino una decisión del padre que la madre, siempre sumisa, había aceptado dolorosamente. El hecho era que, con el correr de los años, la actitud del padre hacia la madre era más agresiva y humillante. Como si, ya entrado en la vejez, aquellas antiguas peleas con la hija vinieran a reproducirse con la madre de Diego, la cual, sin embargo, no daba motivos que justificaran esa violencia. Una vez, una de las tantas en que el padre gritaba a la madre y ella toleraba con paciencia, Diego se interpuso entre ellos. "¡Basta!", escuchó decir a su propia voz, que le pareció ronca y extraña, y empezó a desgranar en defensa de la madre un argumento que a él mismo

le fue resultando ridículo, mientras el padre seguía increpando a la mujer a través de Diego.

Empezó a odiar al padre; el odio fue ocupando sus días. Diego se veía poseído por este sentimiento, mientras las canas le iban apareciendo en el cabello y en la barba que, cada tanto, se recortaba a tijeretazos.

Los años siguientes volaron en la espera de la muerte del padre, cuya salud se deterioraba constantemente. A veces, Diego pensaba que no estaba bien odiar a ese hombre del que, pese a todo, conservaba recuerdos entrañables, siendo por otra parte evidente que el padre, al condenar a su hijo, se había condenado a sí mismo a una vida de sufrimiento. Pero estos pensamientos eran desestimados o más bien arrasados por la fuerza del odio hacia quien, se decía Diego, le había arruinado la vida. Por otra parte, en tanto la enfermedad del padre se agravaba y la madre, también envejecida, se veía más atareada y desamparada, Diego creía distinguir en ella, a veces, esbozos de acercamiento, como si el ineludible eclipse del hombre que había ocupado su vida la condujera finalmente a buscar la compañía de ese otro hombre, nacido de sus entrañas, que finalmente había estado tan próximo a ellos durante las décadas de su inexistencia. A menudo, Diego hubiera deseado aliviarla en sus trajines, ayudarla en las atenciones que brindaba al padre doliente, pero comprendía que no era tiempo todavía.

Cuando el padre se hubo agravado mucho, llegó la hermana, llamada de urgencia. A Diego le sorprendió verla ya envejeciendo. El padre murió una noche, con su mujer y su hija junto al lecho. Diego, que miraba desde la puerta, sintió una angustia sin nombre. No

hubo velatorio. Cuando se llevaron el ataúd –Diego se había retirado a su cuarto y miraba desde la ventana–, no pudo dejar de recordar su propio entierro, tantos años atrás, y sintió la desdicha del tiempo transcurrido. La hermana partió esa misma tarde, llevándose algunos recuerdos del padre. Cuando la vio alejarse, Diego pensó por primera vez que ella y la madre nunca se habían querido.

Aun antes de que la madre y la hermana retornaran del entierro, Diego sabía ya que la muerte del padre no pondría fin al castigo. Vinieron años muy duros. La madre deambulaba por la casa vacía. Por las noches, se agitaba sin poder dormir y Diego, también insomne, escuchaba los sollozos desde su cuarto. Ella nunca se recuperó. Todavía hubo algunas tardes en que la anciana volvió a sentarse en el cuarto de Diego, sosteniendo en sus manos la labor que sus ojos marchitos y entorpecidos por las lágrimas le impedían hacer, mientras el hijo a su lado leía las revistas viejísimas. Pero fueron muy pocas tardes ya.

Diego sufría la pena de su madre y el dolor de no poder ayudarla. Una noche, era un verano muy caluroso, la madre, entredormida, se quejaba de sed. El vaso en la mesa de luz estaba vacío y ella lo tomaba una y otra vez, buscando agua en vano, como si el vaso formara parte de una pesadilla repetida. Diego silenciosamente retiró el recipiente y lo devolvió lleno de agua. La madre, cuando su mano tocó el vaso lleno, se puso rígida: sin que abriera los ojos, una expresión alerta se formó en su cara. Apartó la mano del vaso como si hubiera tocado un reptil –así le pareció a Diego– y, volviéndose hacia el otro lado, retornó a la sed de su pesadilla.

La actitud de la madre llegaba a exasperar a Diego. Se preguntaba si no habría sido injusto al atribuir al padre la responsabilidad de su castigo, si acaso no habría sido la madre quien, a su manera silenciosa y subterránea, había manejado los hilos de la historia familiar. Finalmente comprendió que esas ideas eran estériles. Aun suponiendo que fuesen ciertas, la madre ya había venido pagando un altísimo precio: Diego sabía de cada una de sus lágrimas, cada uno de los espasmos de sufrimiento que, a lo largo de la mayor parte de la vida, ella había padecido por la ausencia de su único hijo varón. Y, sobre todo, ¿qué sentido tenía formular reproches a esa anciana dolorosa cuya vida se apagaba a ojos vistas?

Cuando la madre sintió que iba a morir, hizo venir a su hija. Ella llegó con el esposo; Diego no prestó atención a la cara ya desconocida de la hermana mayor. Encerrado en su cuarto, llorando, no presenció la muerte de la madre ni la salida del ataúd. Supo que había caído en una especie de sopor cuando lo sobresaltaron unos golpes de martillo. La hermana y el esposo, habiendo retirado ya los escasos valores y recuerdos, despreocupándose de los viejos muebles, tapiaban las puertas y ventanas. Los martillazos del cuñado resonaban en la mañana seca. Diego recorrió la casa aturdido, hasta comprender que si se quedaba adentro iba a quedar encerrado. Salió entonces, parpadeando, y el cuñado tapió la última puerta. Él y la hermana se fueron bastante apurados.

Diego solo en la calle desierta; el sol brillaba. Miró hacia atrás, la puerta y las ventanas cegadas. No volvió a mirarlas. El cielo era muy azul. Diego tuvo una idea. Empezó a andar, con paso cada vez más elástico.

Recordaba perfectamente el camino de la escuela, como si toda su vida hubiera pensado en retomarlo. Sentía el canto de los pájaros. En las calles había muy pocas personas, y él era uno más.

La escuela no había cambiado mucho. Habían construido un pabellón nuevo, de estilo moderno, y estaba recién pintada. Las puertas estaban abiertas. No se escuchaban voces de chicos, y Diego supuso que era época de vacaciones. Encontró las oficinas administrativas donde habían estado siempre, cerca de la entrada. Se detuvo sintiéndose tímido. Había una sola empleada ante un escritorio, una chica muy joven. Un rayo de sol desde la ventana iluminaba el escritorio y el pelo de la chica. Al verlo, ella le sonrió y, acercándose, le preguntó qué deseaba. Él, con algún temor pero asombrado de la fluidez de su propia voz, le dijo que quería terminar de cursar la escuela primaria. Ella le contestó que era una muy buena idea, que el principal objetivo en ese momento era promover la educación de los adultos mediante planes especiales y sistemas de becas. Efectivamente estaban en época de vacaciones, pero había cursos de verano a los que se podía incorporar cuando él quisiera. Por una puerta en el fondo de la oficina había entrado una mujer grande. A Diego le pareció reconocerla, pensó que tal vez era una de sus antiguas maestras, envejecida. La mujer llamó a la empleada, que pidió disculpas a Diego; hablaron unas palabras en voz baja. Mientras la mujer se retiraba, la empleada volvió a sentarse ante su escritorio, sin mirar a Diego. Él, inmóvil, esperó un rato. Cuando, torpemente, intentó hablarle, ya sabía que ella no le respondería, que no lo miraría, que el castigo no había finalizado.

Clase magistral

Hace ya varios minutos que el profesor debe postergar la iniciación de su clase mientras los ordenanzas se esfuerzan en torno al micrófono descompuesto como insectos torpes. Semejante situación, piensa el profesor, es característica de esta Universidad de paredes descascaradas, cuyo desorden material no es, sin duda –menea imperceptiblemente la cabeza el profesor–, excusado por el genio o el fervor. Los alumnos no se muestran tan impacientes. Se trata de la segunda lección de un cursillo al que concurren estudiantes y egresados de distintas carreras e, incluso, personas sin formación universitaria. Si bien la invitación para dictar estas clases ha constituido una prueba de reconocimiento –mal remunerada, es cierto– por parte de la Universidad, el profesor admite, en esta distraída meditación que acompaña la espera, que su auditorio no le resulta muy estimulante. Ello, sin embargo, no implica que él experimente ninguna hostilidad hacia estos ocasionales alumnos. Ahora mismo intercambia con ellos miradas de entendimiento ante la evidente torpeza de los ordenanzas que, en su empeño por hacer funcionar el aparato –aseguran que no está descompuesto sino mal conectado–, enchufan y desenchufan, mueven de mil maneras las distintas llaves y perillas que controlan un equipo de sonido cuya complicación misma es irritante.

El profesor, de la jarra reservada al disertante, se sirve un vaso de agua que resulta estar tibia.

Un breve alarido brota del aparato que en seguida vuelve al silencio, mientras un ordenanza explica al profesor por señas, como si no pudiera hablar, que el desperfecto pronto será solucionado. Entre los alumnos hay risas y, ya a esta altura, cierto fastidio. El profesor ha llegado a preguntar si entre ellos hay algún técnico en sonido, alguien que pudiera contribuir a la reparación. Uno o dos muchachos se acercaron pero sus tímidos intentos no dieron resultado, mientras los ordenanzas daban muestras evidentes de considerarlos un estorbo. Sólo la deprimente perspectiva de tener que hablar a los gritos –su garganta viene ya resentida y, además, él sabe que de ese modo perdería la posibilidad de un discurrir libre y sutil–, sólo la perspectiva de tener que gritar su clase lo demora en la decisión que parece inevitable, reconocer la inepcia de los ordenanzas y desestimar definitivamente el amplificador, cuando, de repente, el aparato vuelve a la vida con un cálido zumbido. Un ordenanza le tiende el micrófono para que lo pruebe y el profesor dice un "hola" que suena como trueno en el salón largo y estrecho. Los alumnos se han tapado automáticamente los oídos. El ordenanza señala al profesor la perilla de control del volumen, a su alcance en el panel del aparato: el profesor la baja al mínimo y vuelve a probar casi susurrando; esta vez el resultado es satisfactorio. Evidentemente, piensa con disgusto el profesor, la potencia del aparato es más apropiada para un estadio que para esta pequeña aula. Bebe un sorbo del agua tibia de la jarra y, con cuidado de no alzar la voz, empieza a dictar su clase.

El profesor ve ante sí las caras atentas y algo estólidas de los alumnos que siguen sus palabras y toman notas. Su discurso se desenvuelve sin tropiezos, transitando en la seguridad de conocer el tema y de saber que no es éste un auditorio que haya de exigirle demasiado. Sus dedos juguetean distraídamente sobre el panel del amplificador; en un movimiento casual, hacen girar apenas la perilla del volumen, y la voz del profesor de nuevo se alza como un extraño grito susurrado. Los alumnos levantan las cabezas. Los ha incomodado pero ahora sonríen: ya saben que hay problemas con el sonido. El profesor siente una especie de impaciencia. Esta vez voluntariamente lleva la perilla hasta la mitad del volumen máximo y sigue dictando la clase con el susurro que ahora es atronador. Debe haber una expresión de desafío en su cara, los alumnos lo miran con desconcierto, buscan a los ordenanzas que se mantienen inexpresivos con las manos a la espalda, protestan los alumnos, algunos han visto con asombro que él movía la perilla, le piden por señas que baje el volumen. El profesor, sin interrumpirse ni alterar el tono de su voz, lleva la perilla casi hasta el máximo –su mano se ha crispado al hacerlo. El susurro es ahora un rayo sólido que ocupa la sala y los alumnos se tapan los oídos; muchos se ponen de pie, señalan al profesor, le gritan cosas inaudibles porque sólo su voz se oye allí, él sigue hablando suavemente, dictando su clase mientras experimenta una tenue ebriedad, una fina angustia, unos alumnos se alzan y ahora, constata el profesor con tanto alivio, ahora los ordenanzas severamente miran a los alumnos, golpean los pupitres con las palmas de las manos para acallarlos, los golpes no se

oyen pero el gesto es inconfundible, y entonces el profesor lleva el volumen al máximo.

Él ve como si contemplara un cuadro las caras contorsionadas de los alumnos, las manos que se alzan inútilmente a tapar los oídos. Se asombra de no ensordecer él también; el ruido de su voz –que sigue desarrollando la clase– no lo afecta como a los alumnos, tal vez por tratarse de sí mismo, se dice sin comprender en realidad, y advierte que los ordenanzas tampoco parecen perturbados por el sonido, mientras que el sufrimiento de los alumnos es innegable. En la segunda fila de pupitres, un muchacho y una chica intentan vanamente taparse los oídos el uno al otro en una especie de abrazo balbuceante. Algunos se desploman ya en sus asientos con expresión atontada y el profesor comprende que han quedado sordos. Pero en la tercera fila se pone de pie un muchacho alto, los ojos colorados; con las manos como garras camina hacia el profesor; la voz del profesor vacila; entonces dos de los ordenanzas detienen al alumno tomándolo por los brazos y violentamente lo devuelven a los pupitres. El alumno intenta todavía rehacerse: uno de los ordenanzas le pega un codazo que hace crujir los huesos de su cara y lo arroja de nuca contra el suelo. Las manos del alumno suben a la cara ensangrentada, y se aflojan. Otros alumnos han intentado escapar pero los ordenanzas, bien ubicados junto a la salida, a empujones los han hecho retornar a sus lugares. La situación está controlada ahora y el profesor, sin dejar de hablar, pasea la vista por su alumnado. Algunos han caído al suelo pero en su mayoría están tirados desmayadamente sobre los pupitres. Los que han quedado sordos miran al vacío

en actitud beatífica. La pareja de la segunda fila está inmovilizada, sus manos han cesado en el intento de proteger pero ellos permanecen en una especie de abrazo rígido que los enfrenta. Los ordenanzas vigilan con calma. Entonces, el profesor suavemente hace disminuir el volumen del sonido. Un estremecimiento de animal agradecido recorre al alumnado. El volumen ya ha vuelto al mínimo. Algunos alzan las cabezas, miran al profesor con ojos opacos. Es evidente que nadie atiende al contenido de la clase: el profesor, por primera vez, levanta un poco el tono de su voz para reclamar atención. Luego, retornando al susurro, vuelve a subir por un instante el volumen del aparato como quien chasquea un látigo. Los alumnos se reincorporan ante sus pupitres. Buscan cuadernos y lapiceras, codean a quienes no han escuchado o comprendido. Otro breve golpe de volumen necesita el profesor para que todos vuelvan a mirarlo atentos, menos el que había sido herido en la cara, que permanece inerte. Un ordenanza mira interrogativamente al profesor: él asiente, confiando en lo que ellos hagan. Dos ordenanzas levantan el cuerpo del alumno y, apartándolo de los pupitres, lo arrojan al suelo, atravesado ante la salida. Unos pocos alumnos echan miradas furtivas pero ciertamente no se atreven a apartar la vista del profesor o el cuaderno. Aun los que han quedado sordos intentan seguir el movimiento de los labios del profesor, o bien copiar las notas de los que todavía pueden escuchar. El profesor no ha alterado el tono de su voz, pero siente que sus palabras brotan más cálidas y firmes. El muchacho y la chica de la segunda fila, sin mirarse, atienden a los labios del profesor. Varios alumnos, parcialmente sordos,

se atreven a pedirle que suba un poco el volumen del sonido. En los ojos de muchas alumnas, el profesor percibe esa luz de admiración que enlaza la discípula al maestro y es una de las maneras del amor.

Relato del lirio

Yo soy uno de los que viven en la periferia del palacio. Duermo en los dormitorios colectivos; hago pequeños servicios para los nobles. Cuando puedo, tomo alguna prostituta o sirvienta.

Un día, en la taberna, recibo una carta traída por un mensajero de librea. No sé leer, se la doy al tabernero: él intenta leerla, me mira sorprendido. Con voz algo insegura, dice que me ha sido encomendada la tarea de buscar un lirio azul para la princesa.

Una rueda de hombres se ha formado en torno al tabernero y yo. Me consideran con respeto o incredulidad. Yo tampoco soy crédulo: tal vez se trate de una broma, tramada entre los mismos que me rodean. Pienso que no soy tan importante como para que me sea dedicada una broma tan compleja. Pero, entonces, esa reducida importancia menos aún justificaría ser llamado a una misión desde el palacio. Pienso en desestimar la oferta. El tabernero me convida una copa más. Todos brindan por mí. Me parece que, atenuada en ellos la sorpresa, entrevén y quizá desean el fracaso de mi misión.

La carta, según el tabernero, no indica dónde debo presentarme. A la mañana siguiente, me dirijo a la Mayordomía. Me atiende un asistente: se limita a leer la carta y comunicarme que ése no es el lugar. Me or-

dena retirarme. Desconcertadamente doy vueltas por el barro de las calles. No sé adónde ir. Mis pasos me llevan a las puertas del palacio. Muestro la carta a los guardias, que tampoco saben leer: el jefe de la guardia llegará a mediodía; él sí lee. Lo espero. El sol crece y hace calor. Los soldados se disponen a almorzar. Me convidan algo de queso y vino. Un soldado mancha de vino mi carta, se disculpa sin dar importancia al suceso. Ya entrada la tarde, llega el jefe de la guardia. Mira la carta, con su mancha de vino. Me dice que él tampoco sabe leer. Pregunta si conozco el contenido de la carta. Con alguna vacilación, le digo qué tarea, al parecer, me es demandada. Asiente con gravedad y me mira largamente. Dice que ordenará a los establos se me otorgue cabalgadura y me dará unas monedas de oro de la caja de la guardia. Le digo que sería preferible que alguien, alguna autoridad, leyera la carta para verificar el mandato. Responde que él tiene autoridad y confía en mi palabra.

Se me hace entrega de un caballo y una bolsita con monedas tintineantes. Se me despide sin ceremonia ni augurios. Ya atardece cuando, al paso, voy desprendiéndome de las miserables construcciones que se arraciman en torno al palacio. Tomo el camino real. Unos pocos carruajes pasan sin prestarme atención. Yo sigo al paso mientras va oscureciendo. Cuando se hace la noche, me retiro hacia unos árboles, y desensillo. Acaricio la crin del caballo manso. Desato la manta, me digo que tiene olor a bestia y a batallas, y me tiendo de espaldas bajo las estrellas. Por primera vez, vislumbro la alegría.

Me despierta el sol. Mi caballo pasta tranquilamente. Tengo mucho hambre, me apuro a ensillar. En la primera posada me permitiré un buen desayuno. El camino, poceado, se tiende entre matorrales y colinas estériles. Apuro un trote. Ya el sol está alto cuando diviso una posada. Antes de entrar, reviso mi bolsa: nada de oro, sólo unas moneditas casi inservibles. Me siento desolado: he sido víctima de una defraudación. La presencia indudable del caballo me contiene: no se otorga caballo a cualquiera; y se trata de un buen caballo. Lo acaricio, me responde con un airoso alzar de cabeza.

Vuelco mi pobre bolsa sobre la mesa del posadero. Me da un gran trozo de pan con grasa y un tazón lleno de un líquido negro y caliente que desconozco pero me agrada y estimula. Antes de irme, para asegurarme, le pregunto cuánto pagaría por mi caballo. Lo mira con reticencia, sin duda comprende que proviene de los establos del palacio. Decidiéndose, me ofrece dos monedas de oro. Comprendo que el caballo vale mucho más; por supuesto, no me propongo venderlo. Con optimismo vuelvo al camino, que está desierto. Me pongo a pensar en la naturaleza de mi misión. El lirio azul, desde luego, es una flor extremadamente difícil de encontrar. No está claro que prospere mejor en determinados climas o regiones. Suele encontrárselo, trabajosamente, en lugares despoblados, alejados del tránsito humano. Los relatos informan de quién lo ha encontrado en una alta cumbre; quién entre los riesgos de la selva; quién, en el remoto silencio donde nacen los ríos. Pero, se sabe, los relatos exageran o falsean la verdad. El lirio azul no es previsible: puede florecer muy lenta-

mente, o bien en una noche. Una vez cortado, suele conservarse por muchísimo tiempo, pero a veces se marchita de inmediato. Yo me propongo dirigirme a las montañas. Allí, en soledad purísima, buscaré la flor. Decido no inquietarme por la falta de dinero: dormiré bajo las estrellas, protegido por la manta, y me alimentaré de frutos y pequeños animales. Mi caballo, sonrío, sabe procurarse su sustento. Decido apurar el paso que, distraído en mis proyectos, había descuidado, cuando, en un terraplén, veo una flor azul. Casi divertido, salgo del camino y voy a constatar que no todas las flores azules son lirios. Pero ésta es un lirio. Azul. Bajo del caballo, con una especie de desesperación: lo miro, toco apenas el pétalo suavísimo. No hemos visto jamás un lirio azul, pero los relatos, los cantos, los dibujos, las pinturas nos han enseñado a reconocerlo. Lo arranco, lo hago girar entre mis dedos. Miro a mi alrededor: campo y matorrales; por el camino hacia el palacio pasa un carruaje cargado de cortesanos borrachos.

Emprendo el regreso, con la flor. Siento amargura y rabia. Al acercarme al palacio, me voy calmando y animando: tengo el lirio azul, y sin duda seré recompensado. Es factible que una vida nueva y definida se abra para mí. El regreso es más breve que la ida. Por momentos, miro el lirio, en el temor de que se haya marchitado: permanece puro y firme. Es plena tarde cuando salen a mi encuentro las construcciones de la periferia del palacio, y me digo que son inmundas. Me dirijo rectamente hacia el palacio. Algunos conocidos, por las calles, no reparan en mí: no imaginan que ese hombre a caballo pueda ser yo, y que esa flor pueda ser un lirio azul. En la puerta del palacio, los guardias

son los mismos. El jefe no está. Me miran con desgano, sin dar señales de reconocerme. Yo enarbolo el lirio. Entonces los soldados, como si se tratara de un hecho cotidiano, abren la puerta grande y me franquean el paso.

La planta baja del palacio es un enorme recinto donde funcionan diversas oficinas. Llevando casi con vergüenza el lirio azul, intento averiguar adónde debo ir. Por último, un ordenanza viejo –seguramente en razón de su edad no hace otra cosa que permanecer acurrucado en un banquito– me indica una escalera de madera. Subo varios pisos. A medida que asciendo, los recintos ganan en lujo y van denotando privacidad. Lacayos inmóviles sostienen candelabros que iluminan apenas las pinturas antiguas, las maderas. Dejo la escalera, camino por corredores y atisbo salones. Un guardia, armado sólo con las insignias de su condición, se acerca con paso grave. Al ver la flor en mi mano, se descubre respetuosamente. Le pregunto dónde debo entregar el lirio. Me dice que, en tanto portador del lirio azul, todos los lugares me están permitidos. Me indica con precisión el trayecto hacia las habitaciones de la princesa. Avanzo por corredores más estrechos, por escaleras íntimas. Sólo escucho el sonido de mis pasos contra el suelo de madera. Por una puerta entornada, entreveo el ruedo ágil de una pollera de doncella, y oigo una breve risa sofocada. El aire se va impregnando de perfumes sutiles. Algo me agarra brutalmente la garganta y me lanza a la oscuridad.

De bruces, una patada me corta la respiración. Alguien quiere arrebatarme el lirio, yo lo aferro. Un golpe en el antebrazo me obliga a soltarlo. Ya huyen. Arras-

trándome hasta la luz del corredor, alcanzo a ver las figuras borrosas, enmascaradas, que se llevan el lirio.

Trato de gritar. Mi respiración está quebrada. Ahora sí, grito. El grito me suena desproporcionado y ridículo. Una mano femenina entreabre una puerta y vuelve a cerrarla bruscamente. Grito durante un tiempo que me parece largo, sin que nadie se presente, hasta que siento vergüenza. Estoy ya en condiciones de ponerme en pie. Voy en la dirección que tomaron los asaltantes, que es la misma por la cual yo había venido. En un corredor, a lo lejos, diviso a un guardia. Lo llamo. Se vuelve y espera. No es el mismo. Antes de que yo pueda hablar, me pregunta si tengo autorización para transitar por las áreas reservadas del palacio. Breve y agitadamente le explico lo sucedido: el lirio, el asalto. Me mira sin perturbarse, me hace notar que no tengo pruebas de mis afirmaciones. Transitar por las áreas reservadas del palacio es un delito gravísimo. Él intenta hacerme comprender: cualquiera tiene derecho a que su intimidad no sea violentada. Con más razón –o, por lo menos, con igual razón–, tratándose de la familia real, y en particular de la princesa, a cuyos aposentos conducen estos corredores. Aduzco la misión que me había sido encomendada, pongo ante sus ojos la carta, lamentablemente manchada de vino. Sin prestar atención a la mancha, me dice sin embargo que él no sabe leer y que la carta, en el mejor de los casos, sólo probaría que me fue otorgada la misión de traer el lirio, pero de ningún modo demostraría su cumplimiento. Exasperado, lo ataco con un puñetazo que lo dobla en dos, y escapo por los corredores. Sin ser interceptado llego a la zona de los lacayos con cande-

labros, bajo por las escaleras hasta la planta baja. Busco recuperar la respiración. Discretamente me encamino hacia la puerta grande. Al salir, ya ha oscurecido. A la luz de antorchas veo al jefe de la guardia, que me saluda amistosamente. Le cuento lo sucedido, me escucha sin sorpresa. Me dice que los corredores del palacio están infestados de delincuentes. Actualmente, asevera, transitar por el palacio es más peligroso que hacerlo por un camino solitario. Ello se debe a la ineptitud de la guardia interna: al ingresar, debí haber solicitado custodia de sus hombres. Ríe al decir que hice bien al golpear al guardia y que no me preocupe por eso. Cuando, quizá tontamente, le pregunto si hay posibilidades de recuperar el lirio, me mira sin responder. Permanecemos en silencio. Él da algunas vagas órdenes, que sus hombres cumplen desganadamente. Yo rápidamente recompongo mi proyecto. Lo sucedido ha sido una salida en falso, tal vez inevitable. Ahora comienza la verdadera búsqueda del lirio azul. Vuelve a mí un resto de la alegría de la noche anterior, que parece tan lejana. Comunico al jefe de la guardia que vuelvo a partir en busca del lirio, y le requiero mi caballo. Él responde que el caballo ha vuelto a los establos: yo tuve ya mi oportunidad de usarlo. La pérdida del caballo me golpea quizá más que la del lirio. A pie y sin dinero, no tendré ninguna oportunidad. En un arranque, pregunto al jefe de la guardia si no quiere partir junto a mí, en busca del lirio azul. Juntos, contaríamos con más posibilidades de triunfar. Me atrevo a decirle que no se lo ve feliz en su puesto, y hasta que podríamos robar caballos. Él me ha escuchado atentamente, sin molestarse en absoluto. Niega, sin embargo. Su

puesto tiene sus ventajas, dice, sin entrar en explicaciones. No obstante, me informa, sucede que uno de sus soldados precisamente está a punto de abandonar la milicia y echarse a andar. Le dicen el saltimbanqui. Me lo recomienda especialmente.

El dormitorio colectivo me resultaría insoportable. El saltimbanqui y yo dormimos bajo las estrellas. El jefe ha tenido la amabilidad de conseguirme una manta que, a diferencia de la anterior, tiene los agujeros y la suciedad que origina un uso prolongado.

Me despierta una pedrada en un hombro, y unos gritos. Unos chicos, viéndonos dormir al raso, han decidido divertirse con nuestro desconcierto. Nos levantamos apresuradamente. Es de mañana. La luz grisácea nos obliga a ver los charcos oscuros de la calle. El saltimbanqui, sin inquietarse, toma a su vez una piedra, ante lo cual los chicos corren a protegerse. Yo quiero irme de esta periferia. El saltimbanqui se encoge de hombros y, recogiendo nuestras mantas, nos ponemos en marcha. Andamos en silencio, por el camino real. Yo, con pasos regulares. Él se distrae pateando pequeñas piedras o silbando. El sol crece, y no hemos desayunado. Yo no tengo dinero. Ignoro si él sí, y en todo caso no tiene por qué compartirlo conmigo. Caminamos. El saltimbanqui silba y mira el paisaje mustio, como si el hambre y la sed no existieran para él. Es quizá mediodía cuando llegamos a la posada. Él no se detiene, y yo tampoco. Después, llegamos al lugar donde había encontrado el lirio. Tontamente salgo del camino, y busco. No hay ningún lirio. El saltimbanqui se ha

detenido a esperarme. Me mira tranquilamente. Cuando vuelvo, dice que debemos conseguir dinero para comer. Ha resuelto la manera de hacerlo: esperaremos el paso de un carruaje; yo me tenderé en el suelo, atravesado en el camino, y él hará señas de que estoy herido. Al detenerse el carruaje, saltaremos sobre el cochero, lo dominaremos y despojaremos a los viajeros. La sorpresa y la rapidez son esenciales, asegura. Yo no respondo: he cometido pequeños hurtos, sí, pero esta acción me oprime. Tras una peña, el saltimbanqui otea la lejanía. Ha divisado un carruaje: me acuesto sobre el polvo. Escucho retumbar de cascos. Desde mis párpados entrecerrados miro la furia que se acerca. Escucho los gritos del saltimbanqui y vagamente veo o imagino sus movimientos disparatados. Los caballos se acercan. No me parece que frenen. El carruaje viene como una pesadilla mientras el saltimbanqui se agita y señala mi cuerpo. Veo las bocas de los caballos que se lanzan hacia mí, desesperadamente salto a un costado. Me salvo. Por sobre el techo bamboleante, la cara colorada del cochero se vuelve por un instante para reírse de nosotros. Me pongo de pie, cubierto de polvo. Recrimino al saltimbanqui: debió haberme avisado que el carruaje no se detenía. Argumenta que podía haberse detenido a último momento; aduce que, de todos modos, estoy sano y salvo.

Seguimos andando en silencio. Tenemos hambre y fatiga. El paisaje de matorrales mezquinos no ha cambiado, y me abate pensar que no debemos habernos alejado mucho del palacio. De pronto, el saltimbanqui echa a correr. Ha visto algo, es una vieja que carga dos canastas, uncidas a un palo en su hombro. Las ca-

nastas están llenas de quesos. Yo corro tras él. El saltimbanqui ha empujado a la mujer, que chilla y maldice. Los quesos ruedan por el suelo. Cuando el saltimbanqui trata de levantarlos, la mujer se lanza sobre él, insultándolo. El saltimbanqui debe soltar los quesos para zamarrear a la vieja. Yo lo tomo por los hombros y le digo que la deje en paz. Él me maldice, intenta desprenderse pero yo lo sujeto. Mientras discutimos, la vieja ha retomado sus quesos con una rapidez increíble, y se aleja ya. Yo imaginé fugazmente que ella retribuiría mi conducta por lo menos con un queso, pero se va caminando muy rápido sin siquiera dar gracias. Decido pedirle un queso, voy tras ella. El saltimbanqui se queda blasfemando. La vieja, al verme, se apresura más. Alcanzándola, le pido un queso. Sin mirarme, sigue caminando muy ligero, como una hormiga. Exasperado, le quito un queso de la canasta de atrás. Ella se vuelve y me insulta. Yo también la insulto. Vuelvo junto al saltimbanqui. Buscamos un arroyo y, a la sombra de unos arbustos miserables, nos comemos el queso.

Ha amanecido y yo estoy despierto bajo mi manta. El saltimbanqui duerme aún, sus labios gruesos hacen visajes. Ayer, después de comer el queso, hurtamos, no importa cómo, una botella de aguardiente. La botella, ya vacía, descansa bajo un arbusto. El barro de que está hecha volverá a la tierra. El saltimbanqui contó o dijo contar su historia. Las circunstancias obligaron a sus padres a desprenderse de uno de los hijos, y él tuvo ese destino. Ubicado como grumete en un barco mercante, las exhortaciones y los castigos de los superio-

res nada pudieron contra el mareo, que lo redujo a ser un cuerpo inútil y doliente en el fondo de la sentina. Al final de ese único viaje, fue despedido entre maldiciones. Solo, en ciudad desconocida, compartió el hambre con los perros. Un día, junto con otros, fue arreado para servir en la guardia. Tuvo pocas oportunidades de entrar en combate. Una noche, frente a unos bandoleros, es posible que haya herido a alguien, porque, mientras luchaba con su espada, escuchó un grito en la oscuridad. Es evasivo o ignorante de los motivos que lo llevaron a dejar ahora la milicia. Desde su paso por la marina lo llaman saltimbanqui. Cuando lo interrogo dice desconocer, él también, el significado de la palabra.

Por mi parte, poco he tenido para decir de mi vida en la periferia. La botella vacía se hace más nítida en la luz creciente. El saltimbanqui, ahora, parece a punto de despertar, pero, después de murmurar unas palabras confusas, vuelve a acurrucarse bajo su manta. Un rayo de sol asoma entre los arbustos. Un animalito, tal vez una ardilla, viene saltando hacia mí. Vacilo entre acariciarlo o capturarlo para el desayuno: pero él resuelve la cuestión saltando a mi pecho. Paso las yemas de mis dedos por el pequeño lomo suave. Él apoya la cabecita sobre mi mejilla. Una voz destemplada nos altera: el saltimbanqui ha despertado y me advierte con aspereza que estos animales traen mala suerte. El pequeño ha saltado de mí y nos mira alerta, las orejitas paradas. El saltimbanqui se alza y toma una piedra. Yo me lanzo a contenerlo. El animalito huye, y yo lo buscaré en vano. El saltimbanqui insiste en que es mejor así.

Caminamos muchos días, viviendo de limosnas y pequeños hurtos. Estas tierras están cultivadas. En las ropas de los campesinos brilla, siempre, algún color. Entre el amarillo del trigo y el azul de la flor del lino, nos aproximamos a una ciudad.

Siento en el cuerpo la ciudad que se acerca. Ella se hace presente de a poco: vemos venir un viajero y recordamos todavía la cara del anterior; la soledad va siendo más precaria y más íntima. Y ahora, ante la inmensa hondonada, me detengo y miro la extensión de la ciudad. La muralla que la rodea no la limita: a uno y otro lado se acumulan construcciones diversas. Algunas utilizan el mismo cuerpo de la muralla a manera de pared, y hasta hay pequeños recintos, tal vez letrinas, como cuevitas clavadas en la muralla tan espesa. Más allá, algunas casas que parecen lujosas se entreveran con edificaciones más modestas, algunas de las cuales se superponen increíblemente. Las mismas casas lujosas suelen tener anexos miserables, en las azoteas o más o menos colgados de las balaustradas.

Descendemos a la ciudad. Atravesamos la gran puerta vacante, donde guardias de armas oxidadas juegan a los naipes con vendedores de loros y de alcancías, de sustancias afrodisíacas y de glicerina. Las calles están llenas de carros, niños y animales. Un hombre nos hace señas: propone que nos vendamos como esclavos. Ante nuestro rechazo, explica que el servicio suele durar nomás unas horas: algunos ciudadanos desean la experiencia de ser amos; en la mayoría de los casos, los esclavos quedan libres a las pocas horas, por aburri-

miento del propietario o por la misma naturaleza de las cosas. El saltimbanqui está dispuesto a aceptar así la propuesta, pero yo prefiero no hacerlo y él, de mala gana, me sigue. Andamos hacia el centro de la ciudad. Un carro bamboleante va dejando caer algunas aceitunas; chicos y ociosos las recogen. Nos acercamos y conseguimos varias: son muy grandes, casi del tamaño de limones pequeños. Después de comer algunas, sentimos sed. Entramos a una taberna, y ofrecemos las aceitunas que nos restan a cambio de algo de vino. El tabernero nos sirve un vaso grande para los dos. El vino es espeso y áspero. El tabernero informa que la ciudad es desordenada y no ofrece interés. Nos sugiere tomar el camino que, por entre campos cultivados, conduce al palacio. El palacio es maravilloso, dice con aire de entendido. Para mis adentros, me río de él.

En el centro de la ciudad hay una plaza muy grande, y allí se construye un tablado. Nos dicen que está por celebrarse el aniversario de la ciudad. En realidad, se nos explica, la fecha de fundación de la ciudad es incierta y quizás inexistente. Durante mucho tiempo, la ciudad no era más que un vago conglomerado de casuchas, y aún ahora, sonríen, no ha dejado de serlo en sustancia. Ellos no aman especialmente a la ciudad, que reconocen sucia y dispersa, pero sí gustan de celebrar el aniversario, para el cual cada año se estipula una fecha al azar. El tablado, que ya está por construirse, se abrirá desde esta noche para todos los artistas, cantores, saltimbanquis. Irreflexivamente digo que mi camarada es saltimbanqui, lo cual suscita gran interés. El saltimbanqui, nervioso o acorralado, niega y replica que soy yo el saltimbanqui. Niego a mi vez, por

supuesto. Entonces, nos toman a los dos por saltimbanquis: será un gran honor para la ciudad contar con nuestro arte en esta noche, y descortesía grave sería nuestra ausencia. El saltimbanqui y yo quedamos irritados el uno con el otro. Deambulamos por los aledaños de la plaza y bebemos aguardiente, que, con motivo de la festividad, se dispensa gratis. Yo interrogo, apremio al saltimbanqui sobre el significado de la palabra que lo designa. Él insiste en su desconocimiento. Trato de discernir en él qué gestos, qué actitudes pueden diferenciarlo del común de los hombres: de este modo, me digo, obtendría en los hechos la definición de la palabra, por lo menos según aquellos que decidieron llamarlo así. Pero, se me ocurre después, quizá lo llamaron así no por asemejarse a un saltimbanqui sino, de manera irónica o sarcástica, precisamente por lo contrario. El saltimbanqui, por su parte, no contribuye para nada y, en realidad, se muestra más bien despreocupado de la situación que nos amenaza. Ha anochecido. Hemos bebido bastante. Mucha gente viene congregándose en la plaza. Nos guarecemos entre la multitud, en la expectativa de pasar desapercibidos. El tablado, rodeado de antorchas, parece una enorme hoguera. Grandes cuencos de aguardiente pasan de mano en mano. El alcalde de la ciudad sube al tablado para una breve presentación. Hace referencia al aniversario, en el que nadie cree. Todos lanzan grandes risas, incluso el alcalde. Empieza la actuación de los artistas. El saltimbanqui, mientras tanto, incursiona discretamente entre los espectadores; evidentemente, aprovecha las distracciones para pequeñas raterías. Yo tengo la boca seca. Por el escenario pasan cantores, bailari-

nas y cómicos, ningún saltimbanqui. El público reacciona de maneras variadas; aplaude o desatiende, en algunos casos abuchea y hasta llega a arrojar a los malos artistas botellas vacías que se estrellan en las cabezas con sordo sonido de barro. Nadie ha venido a buscarnos y empiezo a tranquilizarme: estamos protegidos por la muchedumbre. El alcalde anuncia ahora la presencia de los saltimbanquis, y eso me alivia un poco, porque, presenciando atentamente su actuación, al menos podré imitarlos en caso de que fuéramos localizados. Pero unos brazos firmes nos aferran a los dos, y nos conducen hacia el escenario. No es posible escapar. Casi arrastrados nos suben al tablado. Vacilo, cegado por el círculo de fuego de las antorchas. El saltimbanqui, sorprendiéndome, se adelanta y, con voz muy clara, anuncia al público que él y yo nos alternamos en la actuación y, esta noche, me toca a mí. Requiere en mi ayuda el aliento del público y se retira sin que yo pueda hacer nada. Me siento muy desamparado. Doy un paso, trastabillo, me recupero a punto de caer: el público ríe y me aplaude. Por decir algo, saludo. El público me saluda entre grandes risas. Repito el saludo: vuelven a saludarme y a reír, me alientan. Cualquier cosa parece divertirlos y entretenerlos. Pienso que han bebido mucho, y se me ocurre que yo no he bebido bastante: pido aguardiente. Todo el público estalla en aplausos, y alguien me alcanza un cuenco del cual bebo largos tragos. Caras sonrientes me saludan con sus cuencos en alto. Ahora no sé qué hacer. Como me siento en confianza con el público, pregunto qué quieren. Cualquier cosa, me responden. Siento que todo lo que haga estará bien. Como no sé cantar ni bailar ni reci-

tar, empiezo a hablar. Digo cosas que voy olvidando. Hablo, creo, del color amarillo del trigo, del azul y del morado. Sé que, en algún momento, recuerdo las palabras que en la tarde dijo el tabernero, y aquella sonrisa mía interior, pero no sé si menciono esas cosas. Una flauta ha comenzado a sonar a mis espaldas, siguiendo el ritmo de las palabras. Llevado por la música, empiezo a cantar. Mi voz se eleva en el silencio. Oigo el crepitar de las antorchas. Yo corro por mi canto como un barco. Ahora, voy sintiendo que mis palabras se aproximan a un fin. La flauta, que va y viene por el revés del canto, se hace más grave. El final llega sorprendiéndome. La flauta dice todavía un adiós, y enmudece. En la quietud que sigue, alguien solloza. Siento una mano cálida en el hombro: es el alcalde. Tiene un cuenco en la otra mano. Se lo arrebato y bebo largamente. Entonces, estalla una ovación que parece inextinguible. Me alzan, me besan, me alaban. Ahora comprendo que yo no soy nadie.

Al rato, estoy sentado ante una mesa larguísima cubierta de manjares. Estoy a la diestra del alcalde. Cerdo asado, aves, vino. Nunca he comido tan bien. El alcalde es transitorio, en realidad. Me han explicado que la duración de los alcaldes en su cargo es contingente. Éste, por ejemplo, sólo ha sido designado para presidir las fiestas del aniversario. Después volverá a su oficio, que es bajo. La ciudad elige a sus alcaldes según criterios mudables. De este modo, va acumulando experiencias dispares: el alcalde ciego, el alcalde sabio, el alcalde rengo, el alcalde loco, el alcalde mentiroso. Junto a mí se sienta la hija del alcalde, que es hermosa. En rigor, no es hija del hombre que oficia de

alcalde, sino que, ella también, ha sido designada para esa oportunidad. Me dicen que, cotidianamente, su belleza no es especial. Ríen al decir que no consideran particularmente lindas a las muchachas de la ciudad. Pero, afirman, la designada para ser hija del alcalde se pone, entonces, hermosa. A mí nada de esto me interesa: Lucila es hermosa, y la amo. Ella me ha confesado que toda su vida quiso conocer a un verdadero saltimbanqui. Ahora vienen grandes fuentes de fruta sabrosa y un vino espeso y dulce. Lucila, hablándome casi al oído, me cuenta que las maneras de elección de la hija del alcalde tampoco se repiten: ella, me confiesa, fue designada por tener un pequeño defecto en uno de sus muslos: una especie de pliegue, como un labio, allí donde la piel es más suave. Deseo conocer ese defecto. Ella ríe, como si cantara. El alcalde sirve vino y las luces oscilan.

Al amanecer, yo estoy con Lucila en un pequeño patio íntimo. El patio está bordeado por plantas que se ven grises y se adivinan verdes en la luz tenue; están puestas en cuencos de los que usan para el aguardiente; de las paredes de ladrillos cuelgan más cuencos con plantas, y plantas brotan también en las junturas de los ladrillos. Los ramajes emiten un sonido suave. Lucila y yo descansamos sobre nuestras ropas mezcladas. Un rayo de sol revela el color fuerte de los ladrillos altos, y Lucila me habla: ahora, en la mañana que sigue a la fiesta, ella deja de ser la hija del alcalde. Deja de ser hermosa, susurra en mi oído. Yo le digo, sin saberlo en realidad, que está más linda en la mañana que en la noche. Ella no me cree, o me cree pero cree que me equivoco.

Cuando despierto, ella no está. Atardece en el patio. Recuerdo que nos dormimos abrazados, con el sol ya alto. En algún momento ella se fue, hablándome de una cita en un lugar que desconozco. Mis manos guardan el olor de Lucila. Salgo del patio por un corredor oscuro que me deja en la calle. No hay nadie. Camino al azar. Sin duda todos duermen o descansan en el feriado que sucede a la fiesta. Sólo hay algunas mujeres viejas, pensativas en los umbrales. Vagamente voy por la ciudad extraña. El crepúsculo llega en silencio, y yo siento una angustia sin nombre. Oigo un chistido. Me detengo, sin ver a nadie. Otro chistido: es el saltimbanqui, que está como escondido en un umbral. Me acerco. De nuevo su pelo crespo, sus ojos huidizos. Se coloca pegado a mí, como si sólo bajo mi protección se atreviera a caminar abiertamente por la calle. Me felicita por mi actuación de anoche, y se apresura a comprender que yo debo estarle agradecido por haberme cedido el lugar. Ahora es él quien necesita de mí, dice. Ha recibido una noticia extraordinaria: su hermana más querida, a quien no ve desde hace años, se halla en la ciudad, en una casa de clausura. Él se propone reencontrarla y, quizá, continuar viaje junto a ella. Pero las severas reglas de la casa de clausura impiden todo contacto con familiares, quizá para prevenir posibilidades como ésta. El saltimbanqui me ruega hacer llegar a la hermana el mensaje de su presencia y de la perduración del cariño fraterno, suficiente para que el criterio de ella determine el reencuentro con él o la permanencia en su retiro. Desabridamente asiento, si no estuviera lejos el lugar. Responde que, si bien ignora la localización exacta, es en un barrio cercano. Las casas

de clausura, explica, son mal consentidas en esta ciudad, más proclive a los placeres y el desorden: ésta se alberga bajo el disfraz de un comercio de aceitunas. Pronto llegamos al barrio indicado. En vano buscamos la aceitunería. Pese a las prevenciones del saltimbanqui, que teme adivinen nuestro propósito, decido preguntar a unos vecinos. Desconocen un tal comercio en las cercanías. Preguntan a su vez a otros, que responden igual. Fastidiado, estoy por abandonar a la empresa y al saltimbanqui, cuando uno de los vecinos pregunta si no se tratará de "La Aceituna": la casa de clausura, agrega otro; hay sonrisas socarronas. Admitimos que debe tratarse de ese lugar. Nos indican el camino, que es breve. Mientras nos acercamos recuerdo que Lucila, al dejarme, me dijo que nos veríamos al anochecer en un parquecito con árboles, no lejos de la plaza principal. Le digo al saltimbanqui que debo retirarme: me mira sorprendido y aduce que ya estamos llegando, no tengo sino que entrar y dejar su mensaje a la hermana. Se llama Mora, me dice, como si eso hubiera de convencerme. El hecho es que ya estamos ante la casa de clausura. Tiene un gran cartel que la identifica como tal, y abajo pintada una aceituna emblemática. Prefiero no confrontar al saltimbanqui con su advertencia sobre la naturaleza secreta del lugar; me limito a una mirada sarcástica. Lo dejo en la puerta mientras me repite el nombre de la hermana.

Entro a un vestíbulo sombrío. Lo alumbra apenas una vela que es de color rojo y en cuyo cuerpo la cera, al derretirse, deja gruesos trazos pálidos. Aparece una mujer, que me mira en silencio. Quiero ver a Mora, le digo. Me mira, como a la espera. Ignoro qué razón dar

de mi visita: mencionar al hermano, por lo visto, no sería prudente. Me siento irritado por la incomodidad de una situación que no me corresponde. Con alguna brusquedad, repito el pedido, dispuesto a retirarme si ella persistiera en su silencio. Al hablar esta vez, mi cara se ha acercado a la luz de la vela: la mujer, en actitud de reconocimiento, me pregunta si no fui yo quien cantó en la fiesta de la víspera. He estado maravilloso, exclama: de inmediato me conducirá hasta Mora.

Bajamos por una escalera estrecha. Llegamos a un corredor flanqueado de puertas. Hay humareda y yo toso, no así la mujer. El humo y la luz que lo atraviesa provienen de una única antorcha en el fondo del largo corredor. Caminamos. La mujer abre una puerta, me hace pasar y se retira.

La pieza es pequeña y sin ventilación. Hay una vela y una cama desordenada. Mora se ha puesto de pie para recibirme. Es alta, de piel muy blanca. El pelo es negro, suelto y estremecido. Lleva una especie de túnica blanca, húmeda de sudor bajo los brazos y en los pechos. Le transmito el mensaje del hermano. Lo recibe sin comentarios. La saludo entonces, y me dispongo a retirarme. Me detiene, me ofrece un refrigerio en compensación por la molestia. Vacilo. Ella va a una esquina del cuarto donde hay, lo advierto ahora, un braserito encendido que, claro, contribuye a espesar el calor; sobre él hay un pequeño caldero con el líquido negro que yo hasta hace poco desconocía. Bebo un sorbo. Ella me ofrece asiento en la cama. Su pelo estremecido dibuja formas incesantes. Me he negado a sentarme. Estoy a punto de abrir la puerta. Sí; saludo con alguna

cortesía, y salgo al corredor que humea. Ya próximo a la escalera, soy llamado por la voz de Mora. Me hace señas, su túnica ondula como si hubiera viento. Me acerco, me detengo en mitad del corredor. Entre el humo, ella me dice que sabe que yo encontré un lirio azul. Me aproximo: ¿cómo lo sabe? Ella hace un gesto de travesura y me invita a pasar de nuevo al cuarto. Su actitud me ha fastidiado; recuerdo la cita en el parquecito. Me vuelvo, sin saludarla. Sin complicaciones llego a la escalera, al vestíbulo y a la calle. Con deleite respiro el aire fresco. Es de noche. Camino. Pregunto por el parquecito y al poco tiempo estoy en él. Es un lugar tranquilo y silencioso. Bajo los altos árboles hay bancos y en los bancos parejas que dialogan o se besan. Hay un pequeño lago artificial, servido por un arroyito. Me sorprende encontrar, junto al agua, el cadáver de un gato; moscas zumban sobre él. Lucila no está. La espero, caminando lentamente por el pequeño parque. Hay estrellas. Ignoro si Lucila no ha llegado todavía o si, habiendo venido temprano, se retiró ante mi ausencia. Inquieto recorro el lugar. Algunas parejas se sorprenden o se molestan por mi presencia, o eso me parece a mí. Creo que ha pasado un largo tiempo cuando ya no soporto más. Me retiro. Destempladamente camino por la ciudad. Entro a una taberna para pedir aguardiente. El tabernero me sirve en silencio; no me reconoce como el cantor de la fiesta. En el momento de pagar, recuerdo que no tengo dinero. Ruborizado, lo confieso ante el tabernero, prometiendo confusamente que he de pagarle. Al empujarme apenas, por el hombro, el tabernero no oculta su desprecio. Mis pasos me llevan de nuevo a la casa de clausura. Siento la boca

seca. En el vestíbulo no hay nadie. Bajo por la escalera, camino por el corredor de humo, golpeo la puerta de Mora. Ella abre como si hubiera estado esperándome.

Cuando salgo de la casa de clausura, el sol está alto. Decido buscar al ex alcalde. Con algún esfuerzo localizo su vivienda. Lo encuentro enfermo, en una habitación humilde. Su mujer, también casi una anciana, lo atiende. Él se alegra de verme, toma mi mano entre las suyas. Me explica que ya antes de la festividad su salud estaba quebrantada, pero él quiso y logró presidir los actos, tal como la ciudad se lo había conferido. Vuelve a felicitarme por mi canto que, dice, supo encontrar el alma de la ciudad y sus habitantes. Le pregunto por su hija, es decir, la que fue su hija durante la fiesta. (En realidad, él tiene hijos e hijas mayores, ya casados o independizados.) Él ignora dónde vive Lucila, pero sabe que trabaja en un molino, más allá de los muros de la ciudad. Yo, vacilante, le pido un poco de dinero en préstamo. Asiente de inmediato y pide a su mujer que le alcance una lata de un estante. Hunde la mano afiebrada en la pequeña lata y me entrega una moneda, que es de oro. La mujer lo mira, me parece, con reproche. Confuso, le agradezco, le prometo pronta devolución. Nos veremos. La anciana me acompaña hasta la calle. A los pocos pasos, me vuelvo y le ofrezco la moneda: necesitarán dinero para la curación del marido. Ella, hosca, rechaza mi gesto.

Sin muchas dificultades encuentro el molino. Golpeo la puerta, pesada. Tras un largo rato, me atiende una muchacha que lleva un delantal quizá gris, pero completamente blanqueado por la harina depositada en él, como en su pelo, su cara y hasta sus pestañas.

Cuando pregunto por Lucila, me dice que allí no trabaja nadie de ese nombre. Contrariado, me dispongo a retirarme. Ella me detiene: su voz, que es algo ronca, suena irritada, pero la harina que cubre su cara torna indescifrable la expresión. Me pide algún otro dato acerca de la que busco. Digo que fue hija del alcalde en la reciente festividad. Dice que los nombres de las hijas de los alcaldes en las festividades se establecen especialmente para la ocasión. En efecto, en el molino trabaja una muchacha que llevó el nombre de Lucila en la penúltima fiesta. La última, corrijo. La penúltima, reitera. Admito que no es la que busco. Ella dice que entonces me vaya; su voz suena furiosa. Digo que de todos modos quiero verla. Ella entra, y retorna muy poco después. Dice que Lucila está muy ocupada, pero que puedo dejarle mi mensaje. Vacilo; le pregunto si estuvo anoche en el parquecito. Se va, vuelve: dice que, si yo estuve, debiera saber si ella estuvo o no. Digo que quiero verla. Se va, vuelve, dice que Lucila dice que no es fácil verla. La miro, sus ojos claros. Le digo que la quiero. Se va, vuelve, dice que a Lucila no es fácil quererla. Le digo que voy a buscar para ella un lirio azul. Dice que a Lucila no le interesan los lirios. Al irme, pienso o murmuro que volveré para buscarla. Cuando ya he caminado unos pasos, la muchacha me llama y me dice que Lucila dice que tal vez la encuentre algún día.

Camino por la mañana de la ciudad. Vuelvo a casa del alcalde. Me sorprende encontrarlo en pie y muy rejuvenecido. Me dice que el alcalde está moribundo y no es posible verlo. Comprendo ahora que se trata de su hijo. Me hace pasar con una cordialidad que, sin embargo, me atemoriza. Desde el cuarto contiguo lle-

gan los estertores del alcalde. Yo esperaba obtener, tal vez por intermedio del alcalde, un trabajo en la ciudad. Me pregunta si tengo un oficio: no es posible, sin tenerlo. Tal vez como saltimbanqui, sugiero con timidez. La respiración del viejo, desde el otro cuarto, es ahora más calma. Los saltimbanquis, me explica, sólo actúan en las fiestas de aniversario de la ciudad. Quedamos en silencio. Él parece abstraído, tanto de la agonía del padre como del diálogo conmigo. Le pregunto si me escuchó en la fiesta. Como volviendo, me mira con una especie de desconcierto; dice que le sorprendió no verme. Lo miro, me siento extraño. El alcalde tose violentamente, en el otro cuarto. Le recuerdo al hijo que yo canté en la última fiesta. En la penúltima, corrige. Termina por explicarme que, como cualquiera sabe, la fecha de cada fiesta anual no está predeterminada: aquella en la que yo participé se realizó el último día del año, según calendario de la ciudad; y se decidió efectuar la siguiente fiesta en el día dos del primer mes del año siguiente, ahora en curso; esto fue anteayer. Comprendo entonces que debo haber estado más de dos días en la casa de clausura. El hijo del alcalde me mira fijamente. Hay mucho silencio. Con sobresalto, me doy cuenta de que no oigo la respiración desde el otro cuarto. Ante mi gesto, él responde sin inquietarse que el padre se ha calmado. Me dispongo a salir. En un arranque, saco la moneda de oro y la pongo sobre la mesa. Me mira en interrogación. Le digo que tal vez la moneda pueda emplearse para curación del alcalde. Responde que el alcalde tal vez esté más allá de toda curación. Trato de explicarle: la mujer del alcalde, su madre, le digo y él sonríe, se negó a recibir la moneda que

intenté devolver. La mujer del padre, dice, sería incapaz de contrariar una donación del padre, aunque en ello estuviera en juego la vida del padre. Con un gesto que me parece imperioso, indica que retome la moneda. Lo hago. Siento que el metal me abrasa.

Anochece y estoy rendido. Busco un albergue cualquiera para pasar la noche. Me piden pago por adelantado: entrego la moneda de oro, y recibo unas monedas menores. Me sirven una cena espesa, que casi no pruebo. Apenas me he acostado, cuando me chistan desde la litera superior. Es el saltimbanqui. Me dice que se alegra mucho de encontrarme, debemos acompañarnos y protegernos mutuamente en esta ciudad hostil. Me pide dinero para pagar el albergue; le doy mi bolsa, que devuelve vacía; no le pregunto por qué él no tuvo que pagar por adelantado. Vagamente lo escucho decir que ha conseguido trabajo en una caravana de extranjeros, y que habrá lugar para mí.

Siento que apenas me he dormido cuando soy sacudido bruscamente. El saltimbanqui me apremia a ponerme en pie. La caravana, dice, parte ya, en el amanecer. De mala gana me levanto. Dejando atrás las protestas ahogadas de los otros durmientes, salimos a la frescura del alba. Las calles están mudas. Andamos hacia el aposento de la caravana, más allá de las murallas. Al atravesar las puertas de la ciudad, me digo que nada me sostendría en ella.

La caravana está constituida por una enorme tribu que, después de acumular fortuna en negocios trashumantes, ha decidido establecerse en las montañas. Son

bajos, morenos, y hablan un idioma desconocido. Todos los hombres portan unas espadas cortas y curvas. Las mujeres, embozadas, permanecen siempre en el interior de las carretas. En el mediodía de la primera jornada me he enterado del raro trato que, por señas, acordó el saltimbanqui: entre los dos, haremos el trabajo de uno, recibiendo en compensación comida para uno solo. El pago consiste en el viaje y la comida, y el saltimbanqui insiste en lo ventajoso de obtener dos viajes a cambio de trabajar por uno. En cuanto a la comida, asegura, nos arreglaremos.

No me sorprende que el saltimbanqui deje sobre mí casi todo el trabajo. El mayoral sólo pone su celo en que la tarea que nos corresponde se lleve a cabo, desentendiéndose de lo que suceda entre nosotros. El saltimbanqui sabe escabullirse oportunamente, y efectúa incursiones para hurtar comida en distintos puntos de la caravana larguísima. El viaje por la llanura inmensa transcurre en el trabajo y el silencio. Una noche, sueño con Lucila en el patio de plantas. El breve dulce peso de ella está sobre mi cuerpo, yo la abrazo, el sol matinal inflama la pared de ladrillos y me ciega, es la lámpara portátil de un guardia nocturno que se retira ya, en recorrida por la caravana en reposo.

Esa misma mañana por primera vez divisamos las montañas. Pocos días después, una mujer embozada me llama a escondidas desde una de las carretas. Yo retrocedo. Desde entonces imaginaré su cuerpo, suponiéndolo hermoso. Las montañas se acercan lentamente. No me siento cansado. El trabajo ha fortalecido mi cuerpo y las raciones, que para uno serían generosas, se complementan con los eventuales hurtos del saltim-

banqui; yo, tal vez por exceso de prudencia, me abstengo de probar los manjares sustraídos, pero en tales casos el saltimbanqui suele dejarme su media ración. Cuando el camino comienza a ascender, el trabajo se hace más duro, y más frecuentes los accidentes. Los días transcurren más rápido ahora. Nos acercamos a nuestro destino, que es el último poblado al pie de la montaña. Una noche, el saltimbanqui es sorprendido robando comida.

Ese amanecer, la partida de la caravana se retrasa un poco. Tres hombres juzgan brevemente al saltimbanqui. Uno de ellos, inapelable, hace el signo del degüello. Veo cómo arrastran al saltimbanqui, veo cómo lo arrastran hacia mí. Me señalan, le preguntan, en su idioma extraño: ¿yo sabía? El saltimbanqui me mira. Sus ojos son muy negros y están enloquecidos. Niega con la cabeza. Vuelven a preguntar, tomándolo por los cabellos, él vuelve a negar. Lo arrastran, lo llevan. Alguien desenvaina una espada. Yo corro hacia él, me detienen. A mí, me perdonan la vida.

Al día siguiente, llegamos al poblado, que es pequeño y pobre. La caravana seguirá un trecho hasta el valle donde ellos habrán de establecerse. Yo quedo libre y solo.

En los primeros tiempos de mi vida en la montaña, paso hambre. Alguien me hace conocer un medio de vida: de las numerosas majadas, suelen extraviarse ovejas; es posible, aunque difícil, recapturar a estos animales que han quedado sin dueño. Aprendo el oficio. En los inviernos, desciendo a los valles. En los ve-

ranos, la montaña es toda verde. Cambio lana por comida y enseres. Los pobladores, al verme. me reconocen y saludan. Una mañana, encuentro un lirio azul.

Ardilla, se llama mi caballo. Lo compré en el pequeño poblado de la montaña, después de haber vendido todas mis ovejas. Ahora descendemos livianamente; el camino serpentea; en una pequeña bolsa cerrada, tengo el lirio azul. Deberé emprender un amplio desvío, porque la llanura inmensa está inundada. En un cruce, tomo un camino que desciende entre árboles muy altos y quizá centenarios. Un brazo de la inundación ha llegado hasta aquí y acompaña al camino. Ya anochece cuando llego a una pequeña localidad. Más allá, me informan, el camino está intransitable. Deberé hacer noche en el lugar, y desandar. Temo que, durante la noche, la inundación ocupe también el camino por el que he venido, pero no resulta ser así. Al día siguiente vuelvo a transitar entre los árboles antiguos, que han perdido el encanto de la jornada anterior. Al salir del bosque, encuentro un viejo que marca los bordes del camino con una azada. Le pregunto si sabe por dónde retomar el camino al palacio. Se encoge de hombros. La inundación todo lo ha trastocado. Muchos valles, e incluso tierras altas, han sido alcanzados por las aguas, que, impredeciblemente, se retiran de algunos lugares para ocupar otros, de acuerdo con legalidades complejas de mareas y crecientes. Saludo al viejo, que prosigue su tarea mortecina. Cabalgo durante muchas jornadas, bajo el cielo gris; la inundación me obliga a marchas y contramarchas. Por semanas, quedo varado en una población rodeada por las

aguas. Allí, hago amistad con otros viajeros. Somos cuatro, que jugamos a los naipes. Ganamos y perdemos equitativamente. Uno es comerciante. Él acepta con paciencia que sus paños hayan florecido en pelusas grisáceas, por la humedad. Tiene mujer e hijos y desea verlos, pero su menester viajero lo trae acostumbrado a largas ausencias. Otro, que nació junto al mar, pasó su vida en la montaña. Cuando pudo o quiso, decidió bajar a conocer el mar, del cual, ahora, el agua lo distancia. El comerciante suele llevarlo a los bordes de la inundación y decirle, riendo, que el mar no es distinto de ese horizonte de agua; el otro menea la cabeza. El tercero es un sacerdote. La inundación lo sorprendió yendo a confortar a un moribundo apartado, y lo aisló de su pueblo. Su trayecto ulterior, enrevesado por las mudanzas y argucias de las aguas, lo distanció crecientemente de su lugar, que, a esta altura, ignora si habrá sido tal vez sumergido o devastado.

Una mañana en que las aguas han abandonado bruscamente uno de los costados de la población, aprovechamos para partir como quien huye. El sacerdote y el que busca el mar se separan en el primer cruce, y yo sigo un trecho junto al comerciante. Al despedirnos, él bromea: tal vez la inundación nos fuerce a vernos nuevamente. Así será. Cabalgo varios días. Adivino que la inundación me conduce por el trazo de un amplio semicírculo. Una mañana debo renunciar a un camino súbitamente cegado por un brazo de agua, y salir a campo traviesa. En la tarde, la tierra seca me adentra en un bosque y en el bosque encuentro un camino: reconozco los árboles centenarios de la primera jornada de mi viaje. Este camino también se obstruye luego y

vuelvo a campo abierto y después otro camino y, ya noche cerrada, la luz de un caserío miserable. Allí encuentro al comerciante, con quien me abrazo, y al sacerdote, taciturno. El comerciante bromea como siempre. Me cuenta, sin embargo, que volvió a encontrar al que buscaba el mar, y estuvo junto a él unos días varado en algún lugar. El otro, contraviniendo consejos, buscó camino improbable en la inundación, y no regresó. Tal vez haya sobrevivido. Cenamos unos pescados de la inundación, de sabor terroso. No deseamos jugar a los naipes, siendo además que falta uno de los que éramos. Se me ocurre algo. Yo no he contado que llevo un lirio azul –todos los días, en soledad, lo examino, y siempre está intacto y limpio. Pero, doy en suponer, alguno de ellos sabrá leer, y podré descifrar la carta tan vieja que ordenó mi viaje. El comerciante no lee, aunque sí sabe de números. El sacerdote admite que sabe leer; posterga mi pedido para la mañana.

Al alba, me despierta un grito. Una mujer ha encontrado muerto al sacerdote. En la noche, había pedido una tina para baño, y la llenó él mismo con agua de la inundación cercana. Luego, no es difícil reconstruirlo, se ató las piernas, en extraña genuflexión, y se ciñó las manos con ligadura difícil, que tramó con los dientes y ha de haberle llevado mucho tiempo y dolor. Sumergió luego la cabeza, para ya no poder sacarla. Pienso que fue capaz de aislar y dominar un trozo pequeño de la inundación, pagando todo el precio. El comerciante y yo debemos todavía permanecer unos días en el caserío; cuando es posible reanudar viaje, nos despedimos sin deseo de reencuentro, aunque ninguno de los dos ha hecho daño al otro.

Después, la inundación parece modificar su acción. Ignoro si me aproximo al palacio, y, en verdad, ni me lo pregunto, pero no sucede ya que deba retroceder a lugares ya transitados. Una tarde, vagando por una pequeña ciudad, veo una feria de diversiones. Está en las afueras, como confinada entre las casitas y el río inflamado por la inundación. Es un conjunto de tiendas precarias. Niños de cara pintada pregonan los entretenimientos: la mujer que adivina el futuro y devuelve el pasado; el recinto que, ínfimo en su aspecto exterior, se extiende, proclaman, en amplitud inverosímil, y en cuyo centro hay huesos y cuestiones terroríficas; el tiro al blanco; la dama enorme que quiebra piedras con sus dientes; los refrescos y los copos de azúcar y otras muchas atracciones. El lugar está alumbrado por antorchas, y yo recuerdo el fuego de la fiesta aquella, en la ciudad. Pero estas antorchas son escasas y arden mal, percutidas por la lluvia que nunca cesa del todo. Pobladores y viajeros circulan sin entusiasmo; unos guardias bostezan. Yo me aproximo al tiro al blanco; mis flechas no aciertan. Bebo un refresco, evito a la mujer que discierne el futuro. Frente a una tienda se han reunido varios hombres. Un adolescente, con la cara pintada de blanco, anuncia: una muchacha desnuda se ofrece a la contemplación de los que paguen; y aquel que cumpla con cierta prueba obtendrá el derecho de besar su boca. Los hombres se miran o murmuran, sospechando trampa; la naturaleza de la prueba sólo podrá saberse en el interior de la tienda. De todos modos, unas pocas monedas de cobre pueden pagar el valor de mirar una muchacha desnuda, y somos muchos los que nos incorporamos a la fila. El interior de la tienda es oscuro y sofocante. Hay una especie de pa-

sillo, vedado por una tabla cubierta por un terciopelo negro sobre el cual reposan cuchillos. En el fondo del pasillo, que es muy estrecho, ella está de pie, de espaldas. Una lámpara de aceite destaca claroscuros en su cuerpo; el pelo cayendo sobre la espalda; nalgas que tiemblan apenas; muslos en sombra. Largo rato la miro. A mi lado, una mujer vieja ya me empuja para que deje lugar al siguiente. Cuál es la prueba, le pregunto. Sonríe, la desdentada, y secretea: se trata de arrojar un cuchillo a la figura que, ahora la veo, contornea, dibujada en la tela tensa que hace pared en el fondo del pasillo, la silueta de la muchacha. El cuchillo debe acertar en el escaso borde que diferencia el dibujo de la carne. El premio es el beso. Si la muchacha resultara herida o muerta, el agresor, conforme a la ley, recibirá similar castigo. La mujer vuelve a empujarme para que deje el lugar. En el fondo, la muchacha tose, su espalda y su pelo se agitan. Yo me retiro; saliendo, la miro. Otro ha tomado mi lugar, mirando el cuerpo desnudo; ella debe sentir frío. Vuelvo, le digo a la vieja que afrontaré la prueba. Ella me mira con incredulidad o fastidio. Vuelve a enunciar la sanción, me empuja otra vez. Yo insisto, es mi derecho. Está borracho, clama la vieja, y grita por los guardias. Los hombres de la fila escuchan, se inquietan. Llegan los guardias, hoscamente. Unos hombres intentan disuadirme, algunos se indignan. Otros, quizá los más viles, me apoyan. La vieja chilla que estoy borracho. La muchacha, de espaldas, hace oír su voz ahogada. "Sí", ha dicho, y vuelve a toser. Hay silencio. Los guardias han extraído sus espadas, que son cortas y curvas, y aguardan. "Sí", dijo ella. La anciana, con odio, me tiende un cuchillo. Lo tomo, lo dejo junto a los demás. La

palma de mi mano está empapada en sudor. Los cuchillos son idénticos. Hay un rombo trazado en la empuñadura, y un canal a lo largo de la hoja. Están bruñidos, tal vez sin uso. La muchacha sigue inmóvil. Tiene los brazos alzados y las palmas contra la pared. Entreveo o imagino el vello de sus axilas; la deseo. Enseguida, un temblor frío me recorre. Voy a huir. Se burlarán de mí, no me importa. Apenas audible, ella vuelve a toser. Tomo el cuchillo por la hoja y, en un movimiento de vértigo, me echo hacia atrás y lo lanzo. Miro. La hoja está clavada muy junto a la cabeza de la muchacha intacta. Mi cuerpo se afloja. Veo gotas rojas sobre el terciopelo negro; me he lastimado los dedos al lanzar el cuchillo. La muchacha se vuelve y viene a mí. Por supuesto, es Lucila.

* * *

A partir del reencuentro con Lucila, mi relato vacila y se ramifica. Según una versión, Lucila, abandonando la feria, me acompaña en mi regreso al palacio. Pero ella está enferma. (Lo anunciaba su tos.) Doliente, extraña la feria de diversiones. Cuando su ciudad, devastada por invasores, dejó de existir, algunos sobrevivientes se congregaron y formaron la feria triste. Ella extraña. Sin que me lo pida, decido cambiar el rumbo: ahora, por la geografía móvil de las aguas buscamos un objeto móvil, la feria. No importa si ella muere al reencontrarla o poco después.

Según otra versión, yo, desdeñando el lirio, me incorporo a la feria. Me ocupo en presentar el número de Lucila. En esta versión, Lucila no está enferma o su enfermedad no es de cuidado. Recorremos muchos lu-

gares. Una noche, nunca nos había sucedido, un hombre reclama su derecho a arrojar el cuchillo. Se intenta disuadirlo: yo sé que es en vano. Lucila acepta con apenas un gesto; ella me desprecia. El hombre vacila; él mismo ignora qué está por hacer. Se seca las manos, han llegado guardias, etcétera. Lucila está de espaldas a nosotros, desnuda, las piernas un poco abiertas. Percibo o alucino el olor de su cuerpo. El hombre toma un cuchillo por la hoja y lo lanza casi sin mirar. El cuchillo se ha clavado en la nuca. Ella queda todavía un momento de pie, como suspendida en el aire. Han llevado al hombre retorciéndose de miedo o pena, se han ido sin prestarme una mirada.

Según otra versión, Lucila y yo logramos salir de la inundación y ella muere después, camino al palacio, por accidente o violencia. Hay otras versiones; en todas, la pierdo para siempre.

Después de tanto tiempo, abro la bolsa del lirio. Está perfecto; lo recibo como un regalo nuevo. Por él, cabalgo hacia el palacio. Largas jornadas por la planicie que la inundación ha dejado salitrosa y vacía. En la desolación hay bandidos y hombres desesperados; debo luchar; una noche, en pelea, mi cuchillo penetra carne blanda y oigo un grito ahogado.

He agotado casi mis monedas y mis fuerzas cuando, por el camino desierto, vengo hacia las ruinas de la ciudad aquella. Mi caballo, envejecido, anda al paso. La ciudad es un borrón gris. El viento trae polvo y debo embozarme. El perfil de la ciudad quemada ya se alza ante mí. Algunas construcciones, de esas

que se alzaban unas sobre otras como plantas trepadoras, persisten, negras. Un viento de polvo emana incesante de las ruinas. Yo desmonto. Una calle se ofrece recta y vacía, hacia el corazón de la ciudad. Camino en el silencio. En el interior de la ciudad, no hay viento. Una casa alta y estrecha de madera totalmente quemada parece sostenerse por milagro. Cuando toco una de sus columnas, toda la construcción se derrumba sobre mí. Permanezco en pie, temblando. No he sufrido ningún daño. Me rodea ahora un gran montón de ceniza negra, y la ceniza cubre también mis hombros, mi cabeza, mis pestañas. Sigo andando. Veo cadáveres, momificados por el tiempo y el aire seco. Apuro el paso. Trato de ubicar la plaza principal, donde aquella vez canté y bebí. Lejos, veo un mendigo, quizá también cadáver, que extiende su mano. Corro hacia él. Tropiezo en unos escombros, me levanto, se ha ido. No, ahí está, en un cruce de calles; me acerco. Sí, es un muerto. Su mano quedó extendida por azar o ruego agónico. Al cabo de la calle que la mano del muerto parece señalar, veo un espacio abierto con árboles secos. Es la plaza pequeña, la de la cita con Lucila que no pudo ser. En algunos bancos hay momias abrazadas. Recuerdo, aquella vez, el gato muerto; desvariadamente busco sus restos junto al lecho vacío del estanque. Entre unas maderas, hay una momia de mujer. Tiene la ropa desgarrada y las piernas brutalmente abiertas. La muerte le otorga figura de vieja, pero ha de haber sido joven. En su vientre, la piel se oscurece en surcos correosos y desaparece bajo el mechón negro del pubis, que parece lo único vivo. El sexo ha sido deshecho.

Me aparto de la plaza. Ahora voy sin rumbo por las calles iguales. Veo un cartel que no ha sido tocado por el fuego y oscila en la brisa. Es una gran aceituna. Echo a reír incontenible mente. Estoy ante la casa de clausura.

Está incólume. Con timidez, me acerco. Bajo mi presión, la puerta se abre con suavidad. Entro al vestíbulo sombrío. Lo alumbra apenas la luz de una vela que es de color rojo y en cuyo cuerpo la cera, al derretirse, deja gruesos trazos pálidos. Aparece una mujer, que me mira en silencio. Bajando por la escalera estrecha llegamos al corredor sin ventanas. En la humareda, toso, no así la mujer. Veo el fuego velado de la antorcha, en el fondo. Una puerta se abre, es la mano blanca y el pelo muy negro de Mora, y yo giro. Aparto a la otra mujer, subo la escalera, escapo. Corro sobre el polvo gris que silencia mis pasos. Sólo escucho mi jadeo. Busco entre calles iguales, sigo una avenida que se va estrechando, cuando las hileras de ruinas casi se juntan salgo de la ciudad, estoy afuera, me detengo, respiro. No lejos, está el cadáver de mi caballo. Nunca sabré qué lo ha matado. Recuerdo el lirio azul y me desespero: se ha perdido. No; la bolsa reposa junto al caballo muerto, la abro: el lirio está.

Cansadamente viajo a pie hacia el palacio. El camino está en uso; estas tierras, que no han sido afectadas por la inundación ni el saqueo, siguen cultivadas. Reconozco el amarillo del trigo y el azul de la flor del lino. Frugalmente, vivo de la caridad que se ofrece al viajero. Un día, llego a cumplir la última etapa. Sonrío en el desfiladero donde, junto al saltimbanqui, la carroza que saquearíamos estuvo a punto de atropellarme; paso sin detenerme ante la taberna donde pregun-

té el precio del caballo de la guardia. Atardece cuando se me presentan las construcciones cuadradas de la periferia. En las calles hay perros, niños. Ha caído la noche cuando comparezco en la guardia. La puerta grande está cerrada. Pregunto por el jefe de la guardia. Es otro. Éste me mira como desde lejos. Tengo el lirio azul, digo. Desestima mi ademán de mostrarlo. Deberé retornar en la mañana, cuando las puertas estén abiertas.

Como me es habitual, duermo al raso, y, comprensiblemente, sueño con angustia que el lirio me es arrebatado. En la mañana, espero ante la puerta. Personas diversas entran, salen, o esperan también. A mediodía, aparece un funcionario joven y atildado. Debo aguardar a que, allí mismo, tramite varias cuestiones. Luego, se dirige a mí. Pongo el lirio ante sus ojos. Brevemente, lo admira. Lo tiene en sus manos, va a entrar al palacio. Tomo al funcionario por un brazo, se sacude con fastidio. Disculpándome, le pregunto; no sé qué preguntarle en realidad, sólo puedo presentar mi actitud de pregunta. Él me dice que vuelva en unos días, y se retira al interior.

Poco hay ya para contar. Cada vez con menos frecuencia, me presento ante las puertas del palacio. El funcionario está atareado, a veces lo reemplaza otro que nada sabe, por largos períodos el funcionario falta, o bien, como mis visitas a las puertas del palacio son tan espaciadas, tal vez él esté presente cuando yo no voy. Mientras tanto, permanezco en la periferia. Para vivir, hago pequeños trabajos. Un día, cansados

mis huesos de dormir al raso, busco y encuentro un lugar en los dormitorios colectivos. De vez en cuando, con mucho cuidado, despliego la carta viejísima; todavía, mirando con atención, se discierne la mancha de vino. Siempre, mientras trabajo o descanso, me cuento mi historia, desde el momento en que recibí la carta; en el relato hay omisiones, rectificaciones, engaños. A veces, cuando puedo, paso la noche larga con alguna prostituta o con alguna sirvienta.

La Gris

Desayuno

En un galpón ancho y bajo los chicos de La Gris toman el desayuno. En invierno, el humo de los braseros no disipa el frío. En verano, los escarabajos repiquetean sobre el techo de zinc. Ante cada uno, sobre la larga mesa de tablones sin desbastar, hay un tazón de leche, ordeñada en el alba, y un pedazo de pan.

Entredormidos se aferran a los tazones tibios. Salvo los que han ayudado en el ordeñe y, acelerados, con las caras rojas, se levantan, manosean las nucas de los sentados, que responden como si se espantaran unas moscas mientras los otros giran, se acercan peligrosamente a la cabecera de la mesa de tablones donde el preceptor fuma, alguno llega a rozarlo y el preceptor contesta con una cachetada.

En el desayuno que yo recuerdo ahora, Roque está sumergido en su tazón, los ojos pegados de sueño. Ha soñado con hormigas y también con colmenas. Él alzaba la mano a una colmena que colgaba de la rama de un árbol; el árbol era severo, espinoso y tenía unas vainas con semillas que, sabía Roque en el sueño, eran dulces. La colmena zumbaba. Al tocarla, era vibrante y, después, suave, como un durazno gigante o como unas plantas que hay lejos, todas las hojas de la planta brotan del centro y tienen vello, recuerda Roque con

las manos contra el tazón tibio, un vello suavísimo, húmedo por el rocío, en el punto central donde nacen las hojas.

El pato

Sólo quedan Roque, Efraín y el tullido porque los demás han ido a jugar al pato.

Primero hay que cazar un pato y para eso van a la orilla del río. De este lado del río hay una barranca. Del otro lado, fuera de los límites de La Gris, la orilla con sauces adonde, ya en el próximo verano, irá a bañarse María Luz. Los patos nadan en el río, se alimentan de unas cosas invisibles, echan a volar; a veces, navegando entre los juncos y los pastos que sobresalen del agua, se acercan a la orilla y es la oportunidad para cazarlos.

Para llegar sin que los patos se espanten, bajan en un punto alejado y avanzan silenciosamente por el borde del río. La barranca llega casi hasta la orilla, tienen que avanzar en fila india. El que encabeza la fila tendrá oportunidad de lanzarse sobre el pato. Los demás sólo lo acompañan o sostienen la ilusión de una empresa colectiva. El que encabeza es siempre alguno de los mejores jugadores de pato.

Todos van en silencio para no espantar a los patos. En el último tramo, se desplazan cuerpo a tierra. Se detienen, esperan la oportunidad. Cuando ésta llega, el que encabeza la fila se lanza sobre la presa. Entre chillidos y golpes de plumas, el pato escapa. Los demás patos se alborotan y lo siguen, vuelan, lejos.

Los chicos se ponen de pie. El primero se sacude el agua de la cara y se saca la ropa empapada. Alguno de los últimos en la fila se desnuda, le cede su ropa al primero y se pone la ropa mojada. Vuelven, jugando a pegarse. El que tiene la ropa mojada tirita pero sonríe, contento por haber servido a uno de los primeros.

El pato

Desde el río han vuelto y se acercan al gallinero. Atienden a que no esté la vieja Clovi, encorvada con la cara hundida y los ojos como tuertos los dos. Algún chico de los últimos se ofrece y los demás se alejan mientras él trepa el alambrado. Entre los cacareos despavoridos apresa una gallina por el pescuezo. Vuelve a trepar, con la gallina. Cuando está en lo alto del alambrado, la vieja Clovi aparece con su escoba. El chico salta, tal vez se tuerce un tobillo pero, sin sentir el dolor, corre, aferra la gallina, todos corren mientras la vieja, sacudiendo la escoba, maldice, insulta y escupe.

La cancha de pato es un potrero de unas ciento cincuenta varas de largo por cien de ancho. Sus límites, líneas de cal ya borrosas en el pasto crecido, fueron trazados por los chicos bajo las indicaciones de un preceptor. El juego empieza cuando el que había atrapado la gallina la suelta en el centro de la cancha: consiste en tratar de llevar el pato, o sea la gallina, hasta fuera del campo de juego. No hay equipos; cada chico actúa por sí mismo y la victoria será del que, con el pato, haya logrado escapar a la persecución de los demás. Mucho antes de que el juego finalice la gallina ha muerto desgarrada.

Desayuno

Un vello suavísimo, húmedo, en el punto central donde nacen las hojas. Una gota, un punto seco, una gota seca en las puertas del sueño. Pero entran a sonar los tazones contra la madera sin desbastar.

Los chicos salpican de leche las tablas, gritan un canto.

Aserrín, aserrán, los maderos de San Juan.

Roque no canta.

Piden queso y les dan hueso. Y les cortan el pescuezo.

Roque no canta. Su mente planea sobre los campos, los animales lentos. Oblicuo a él, un chico lo mira con odio. "No canta", chilla, "Roque no canta".

"Roque no canta."

Insulta a la madre.

Desafío.

Recuerdo, o invento, que Roque agarra el tazón por el borde y extiende la otra mano sobre las tablas con la palma hacia abajo. El otro hace lo mismo.

Amagan.

La mano de Roque con el tazón salta sobre la mano inerme del otro, que la retira a tiempo. El tazón enemigo contraataca; la mano inerme de Roque consigue esquivar pero el otro vuelve a atacarla: ha conseguido la iniciativa y Roque debe golpear a ciegas con el ta-

zón, atento al peligro sobre su mano que corre por la mesa como un animalito, un dolor le entra en la palma, una astilla, la vista se le nubla y otro dolor, golpe del arma del otro contra el borde de la mano, tiembla la mano inerme pero el tazón de Roque ha pegado sobre blando, vuelve a golpear, acertó otra vez, la mano armada del otro vacila y Roque puede volver la vista sobre la mano inerme del otro que se agita, herida, y él vuelve a pegar otra vez, otra, golpear, aplastar, hasta que otras manos le detienen el brazo.

"A sus lugares", dice el preceptor, y los demás vuelven a sentarse. El derrotado se lleva la mano a la boca. Roque no lo mira. El preceptor hace sonar la campana que pone fin al desayuno.

Marías

Las Marías son muy jóvenes y pobres; su trabajo es ordeñar las vacas y cuidar a los chicos más chicos. Las contrata en Stroeder el negro Anselmo y nunca se sabe cuánto van a durar. La María se va porque no aguantó más a la vieja Clovi, o porque pasó algo con la señorita July, o porque un novio se la lleva con él. Roque recuerda, y es tal vez su primer recuerdo, a la María enseñándole a ver en el cielo las Tres Marías. El brazo oscuro hacia lo alto, la buena nueva de que el cielo puede descifrarse.

La Gris

La casa está a unas cien varas del galpón de los chicos. Las puertas están siempre abiertas pero es como si estuvieran cerradas. En el primer piso están los dormitorios, el de la punta es el del señor Gante y el de cortinas lila tiene que ser el de la señorita July.

Huérfana de madre, o porque la madre se había fugado con otro hombre cuando ella era niña, vivía sola con su padre, abogado, en Bahía Blanca. Como él había representado a enemigos de La Gris, el señor Gante lo desafió y el negro Anselmo, en su nombre, venció en duelo de cuchillos. El señor Gante se hizo cargo de la hija, por un deber de honor ante el enemigo muerto o como quien se apropia de un botín.

O bien: el señor Gante la rescató, adolescente, de los indios que la tenían cautiva. Por lo que le hicieron los indios, "ella no se deja".

Dicen los chicos. Ella no se deja por el patrón, pero se arrodilla ante él y pone la boca redonda.

La Gris

Desde la tranquera, a un par de leguas, viene el camino que, unas cien varas antes de la casa, se abre el desvío que va al galpón de los chicos. En el ángulo menor de esta bifurcación está la casilla del negro Anselmo. El galpón está a unas doscientas varas.

A la izquierda del galpón, a unas cuarenta varas está la casilla del preceptor. Treinta varas a la derecha del galpón está la casilla de la María. A medio camino entre esta casilla y el galpón está el retrete que usan la María y los chicos.

Detrás y a la derecha de la casilla de la María, a unas cincuenta varas, está el gallinero y, al lado, la casilla de la vieja Clovi. En dirección opuesta, al otro lado de la casa del señor, se hace el ordeñe. Lejos, a quinientas o seiscientas varas, está el galpón de los peones.

Una media legua al sur está el río. Del otro lado del río, una legua hacia el oeste, Stroeder. Lejos hacia el este, los cangrejales y, dicen, el mar. Al sur, siguen y siguen las tierras de La Gris.

Marías

Una vez por año, el negro Anselmo sale en un carro para juntar hijos del señor Gante. Contra el pecho lleva una bolsa con monedas de plata que le dio el señor, y el arma al cinto. Atrás en el carro va la María. Cuando se acercan a cada población, las madres pobres y desesperadas se congregan con sus hijos en la plaza. El negro Anselmo llega sin apuro y se pone de pie sobre el pescante para designar a los hijos del patrón.

La comisura hacia abajo, mira. "Tiene las orejas del señor", dice una madre señalando a su hijo. "Algo en la manera de mirar", se esperanza otra. "Si no fuera tuerto tendría los ojos de él", una nota cómica.

Un gesto del negro Anselmo autoriza a la madre a dejar a su hijo. Cada dictamen favorable dilata la paternidad del señor Gante, pero la mayoría de los veredictos son adversos: el negro guarda silencio y pasa al siguiente, mientras la mujer abraza a su hijo con despecho y con alivio.

Las madres de los elegidos reciben una moneda de plata.

La recorrida por las poblaciones tarda un par de días. En el regreso a La Gris, el negro silba. Los chicos lloran y la María les da una papilla que salta y que se derrama.

En mitad del campo el negro Anselmo detiene el carro, hace bajar a la María y le alza las polleras.

Ya en el galpón, los chicos habrán olvidado.

Desayuno

El preceptor hizo sonar la campana que pone fin al desayuno. Mientras todos, menos el tullido, van saliendo del galpón, Roque se examina la palma de la mano donde una astilla le entró durante el desafío. La astilla es, diría yo, un trazo negro, un guión bajo la transparencia de la piel. Al tratar de quitársela con las uñas de la otra mano, brota una pequeña esfera de sangre.

–¿Te la curo? –es Efraín, que lo mira con intensidad–. Te chupo la sangre y se te cura.

Roque lo rechaza y se aplica con las uñas. Vistas muy de cerca, las uñas hacen una pinza grande y roma. Después de varios intentos, como por casualidad, la astilla sale agarrada por una punta, dejó de ser trazo negro para volver a ser maderita. Roque se frota la mano tan aliviada y sale del galpón.

Las altas jarcias

Los chicos de La Gris llaman "nabo" al genital masculino. Pero ellos jamás han visto un nabo. Roque lo imagina parecido a una rama de chañar. Él está solo, cerca del río, entre los pastos crecidos. Mastica una brizna y mira las nubes blancas que se desplazan por el cielo. Tienen formas de cosas, de barcos. Los veleros de alto bordo. Roque es grumete en un velero de alto bordo y los atacan los piratas. Vienen al abordaje con sus caras terribles y las hachas. La lucha es sangrienta hasta el atardecer. Los grumetes, que son muchos y no hay armas para ellos, están ocultos en una umbrera bajo el palo de mesana donde se guardan cuerdas y tachos con brea. Después del triunfo y del degüello, los piratas se emborrachan en cubierta, pero Roque ha tenido una idea.

Muy en silencio se asoman los grumetes. Han untado las cuerdas con brea, dejando libres las puntas para agarrarlas. Por sorpresa se lanzan sobre los piratas, los rodean. Los piratas tratan de librarse pero las cuerdas embreadas se les pegan en las manos, en las caras. Los grumetes inexorablemente llevan a los piratas contra las amuras. Se despeñan al mar los piratas rugiendo de rabia y, en el súbito silencio que ha caído sobre el barco, los grumetes quedan solos.

El velero es de ellos ahora y deben elegir un capitán. Todos piden a Roque pero él no quiere ser capitán. Él ya

se sueña como vigía, trepado en las altas jarcias, se sueña soñando contra el cielo, viendo pasar las nubes como ahora cuando, boca arriba entre el pasto crecido de La Gris, ve a los grumetes esperando su palabra.

Él no será capitán pero designará al capitán: será Nito, el hijo del peón, su mejor amigo. Los grumetes lanzan al aire sus gorras, celebran.

Sí, yo sé que Roque, en el pasto de La Gris, se sueña en el crepúsculo del velero y en el velero se sueña vigía en las altas jarcias, y el sueño de Roque en el velero se realiza: desde las jarcias, bajo el cielo azul del Mediterráneo, anunciará la tierra: una línea negra que después se curva en arco de bahía y se resuelve en rocas; más allá hay un prado y las paredes muy blancas de una aldea. Los grumetes conducen el velero hasta el pequeño puerto donde descansan unas barcazas de pesca. En la aldea los convidan con frutas y queso de cabra. Hablan un idioma claro y dulce que se llama italiano.

Las altas jarcias

Cayeron de las manos las espadas sin haber combatido, lo sé. Los marineros retrocedían mientras el contramaestre les gritaba, los insultaba pero el insulto, que debía haberlos empujado a la pelea, los volvía contra el ofensor. El contramaestre dejó un oficial al mando y recurrió al capitán, que estaba en su camarote.

Bebía ginebra de una botella de arcilla. Con un lento gesto le ofreció asiento al contramaestre y le indicó que cerrara la puerta. Era sólo ilusión de intimidad, ya que todo el barco se sacudía bajo las botas de los piratas y los alaridos de los atormentados. Cuando el capitán, distraído, lo invitó a hablar, el contramaestre se hundió en una blanda decepción: ¿qué podría decir que el capitán no hubiera desestimado ya? Y, todavía, ¿qué intervención del capitán podría cambiar las cosas? En realidad, sintió el contramaestre, por buscar al capitán él había abandonado a sus hombres, quizás en el momento en que podría haberlos recuperado. Ya no se sentía pelea, sino los ruidos ahogados del degüello.

Una y otra vez el capitán, con los ojos turbios, alza por última vez la copa para mí.

Visitantes

Cada tanto viene un visitante. Los chicos se esconden para verlo llegar en el carro guiado por el negro Anselmo. A la noche, por las ventanas de la planta baja lo ven cenar con el patrón y la señorita July. A la mañana, de lejos miran cuando el patrón lo lleva a recorrer y, con el cabo del rebenque, señala la inmensidad.

Pero hay en los visitantes una impaciencia; cierran la mirada desde el horizonte como si buscaran a alguien, a una especie de hermano, y esto a los chicos los intriga, los acerca y los detiene.

Las altas jarcias

El sol, apareciendo por el borde de una nube, da en los ojos de Roque. Él baja la vista. Acostado, sosteniéndose la nuca con las manos enlazadas, por entre sus piernas mira los pastos crecidos. "Nabo" es una palabra pública, para las risas y el gesto, pero no designa la intimidad.

Los piratas hacían caminar a sus prisioneros por una tabla desnuda hasta que caían al mar. Los piratas atan con cuerdas que hacen doler y que dejan marcas en las muñecas. Los piratas abordan la nave real y capturan a la princesita y el principito. Los despojan de sus ricas vestiduras y, desnudos, los hacen fregar las sentinas.

En Palacio, la princesita y el principito se divertían con sus niños sirvientes. Los hacían desnudarse y los ataban a unos carritos. La princesita y el principito corrían carreras, cada uno al pescante de un carro tirado por un niño sirviente. Los manejaban con riendas, que tiraban de la boca del sirviente, y con látigos. Casi siempre ganaba el principito porque tenía más fuerza y su látigo pegaba más; la princesita, después, fastidiada por haber perdido, castigaba al niño sirviente. Así, aunque ella pegaba con menos fuerza, su niño sirviente quedaba más lastimado, con marcas moradas y puntitos de sangre en la espalda, las nalgas y los muslos.

Tembloroso, Roque se levanta. Volverá despacio. No quiere llegar antes que los otros para no encontrarse a solas con el tullido.

Duarte, Camilo

En la tarde del sábado, la María se arreglaba para salir. Cambiaban las Marías pero el olor de los perfumes y los polvos era el mismo, esa expectante crispación de sábado.

Porque estaba también el otro olor de las Marías, cerril, que persistía en el retrete y era difícil unir con su presencia cotidiana, la María remendando ropa para los chicos, la María curando, torpe, una lastimadura.

Pero los sábados las Marías iban al baile, en un salón en las afueras de Stroeder, cerca del quilombo. Y del baile salían los novios.

En sus últimos años en La Gris y también en el momento de irse, Roque habría de recordar a Duarte, Camilo.

Como ningún otro novio, se presentó en La Gris. Él era carrero y quería hacer una propuesta. Duarte, Camilo, esperó de pie ante la casa, silbando, alto y morocho, como si no sintiera el sol. ¿Se entreabieron las cortinas del dormitorio de la señorita July?

Se le permitió entrar.

En la entrevista, en el escritorio del señor Gante, ¿estuvo presente la señorita July? ¿Entró sin avisar, ya empezada la reunión? Versiones, chismorreos entre los chicos de La Gris.

En su carro, Duarte, Camilo, hacía el transporte de mercaderías diversas. Visitaba el mercado de abasto de Buenos Aires, donde se comerciaban artículos novedosos o desconocidos.

¿Por qué accedió el señor Gante, esa vez y como nunca, a que un extraño penetrara en La Gris y –aun garantizándole un porcentaje—negociara por su cuenta con los peones? ¿Fue por influencia de la señorita July que, decían los chicos, tenía un gesto, un único gesto que el señor Gante no podía resistir y usaba ese gesto, decían, cuando ella quería?

Lo seguro es que, al presentarse en la entrevista, lo hizo como lo hacía siempre y como todos habrían de conocerlo: Duarte, primero el apellido y una breve pausa, Camilo.

Los sábados venía con su carro a buscar a la María para bailar.

Fue el único tiempo en que los chicos vieron una María feliz: un brillo en los ojos, una agilidad en las manos que, al atender a los chicos, eran como las de un pianista que volaran sobre el teclado, se me presenta la comparación.

Y a veces Duarte, Camilo, les daba unas revistas viejas con historias de piratas.

No duró mucho. El señor Gante revocó su autorización. Una mañana, cuando el carro se acercaba a la tranquera, el negro Anselmo se plantó delante, subió, agarró a Duarte, Camilo, por el pescuezo, lo bajó y lo tiró a un costado. Después hizo dar la vuelta a los caballos y los pinchó feo hasta que, arrastrando el carro que se desarmaba, volaron desbocados.

Peregrino

Se llama Peregrino como su padre pero todos le dicen Nito. Es bajo y muy morocho. Vive en el galpón de los peones. La regla es que no pueda haber hijos junto a los peones pero el padre de Nito, que es el mejor de los baqueanos, exigió esa condición para quedarse. Nito tiene una honda, sabe cazar. Es el mejor amigo de Roque. Conoce el otro lado del río hasta los cangrejales por haber acompañado al padre en su trabajo. Una vez fueron lejísimo, con unos extranjeros que buscaban animales raros. A veces Nito sale solo de La Gris, llega hasta Stroeder, a veces roba unos espejitos que sobresalen de los autos negros, galerudos, y los vende; pero esto sólo lo sabe Roque. A veces Nito con su honda caza algún pato, que se agregará al asado de los peones.

Peregrino

Después de que lo mataron, Nito se transformó en el amigo imaginario de Roque.

Juego

¿Jugamos al juego?, propone Roque o propone Nito. El juego se juega con palabras, sin saber, por pregunta y respuesta.

–¿Dónde? –Nito comienza el juego esta vez.

–En una oficina –inventa Roque.

–Pido –dice Nito: quiere saber qué es una oficina. Una oficina es un lugar que hay en los puertos: tiene una mesa con cajones y allí contratan a los capitanes de los barcos.

Sigue el juego. Roque pregunta quién está en la oficina.

–Un hombre con una pata de palo.

¿De dónde viene el de la pata de palo? De los barcos. La pata de palo sirve en los barcos, donde toca madera sólida y el equilibrio es más que nada cuestión de las manos y el cuerpo. En la tierra de La Gris, en cambio, el palo se hundiría y en los cangrejales, cuenta Nito, los cangrejos van a agarrarse a la pata de palo hasta quitársela al hombre, hacerlo caer y devorarlo.

Pero, ¿qué hace el hombre de la pata de palo en la oficina?

–Espera al empleado.

El empleado es un hombre flaco y pálido. En el empleado hay un fondo prescindente, ya que le corres-

ponde ejecutar y aun tomar decisiones pero, sabemos, es ajeno a la ética de la decisión.

Cuando el empleado llegue a la oficina se va a sentar detrás de la mesa con cajones y va a escribir algo para el de la pata de palo.

–Una carta. Va a escribir una carta para que el de la pata de palo se la lleve al capitán –dice Nito.

Roque sabe escribir, porque aprendió de María Luz, y lo oculta. Solamente Nito sabe que Roque sabe escribir.

¿Qué va a decir la carta?

–Le va a decir al capitán que, cuando lleguen los piratas, no quiere pelear.

Mentira. El hombre de la pata de palo no es un simple mensajero. La pata de palo suena y manda en la madera de los barcos hasta que el mar, la desgracia o el tiempo la arrojan a los cangrejales.

Visitantes

En la alta noche, el visitante escucha los grillos; son más fuertes y ásperos que en el recuerdo. Él hubiera querido salir, ver las estrellas de La Gris, rodear con sus pasos el galpón donde se dormía y se desayunaba. Por la ventana de rejas en cruz mira la oscuridad. Pero a la mañana, se dice, podrá ver a los chicos.

Vuelve a acostarse. No puede dormir. Dormitó al mediodía, durante el lento viaje desde Stroeder. El sol y el campo creaban un abatimiento. Contra el cielo blanco se alzaban las espaldas del negro Anselmo en el pescante. El visitante recuerda el tren a Stroeder, la estación desierta en la mañana. Oye el silbido de la locomotora al alejarse. Carga su valija y camina. Las pocas fachadas frente a la estación se pierden y la calle se convierte en un camino recto, perpendicular al horizonte. Sucesivas sendas se desprenden del camino y el visitante toma una que lo lleva entre pastos crecidos y más crecidos, es un maizal, y el camino se hunde en la tierra. Es un túnel estrecho; junto a su cabeza sobresalen raíces que dejan gotear un líquido que se le pega en la cara. Imagino que en ese momento, sofocado, el visitante despierta.

Visitantes

De pronto se siente despierto, lúcido, se levanta, va a las rejas en cruz, ve una raya blancuzca en el horizonte.

Siente que alguien lo espera.

Se lava la cara y la boca en la palangana. Teme hacer ruido.

Sale.

Descalzo en la oscuridad, palpa las paredes del pasillo. Tres puertas a la derecha y una en el fondo. Calcula que ésta es la del patrón y que la última de las otras tres es la de la señorita July. Agarra el picaporte.

Él temía verla como una presencia de espectro, sentada en la cama con los ojos muy abiertos esperándolo. En cambio duerme bajo las mantas, se escucha su respiración. Cierra suavemente la puerta y se acerca.

A un paso de la cama percibe el cambio en la respiración. Con los ojos del alma, me digo que con los ojos del alma la ve semiincorporarse en la cama. Ella calla. Con la garganta seca, él dice unas palabras cuyo tono, siente, es de respeto y disculpa.

"Venga. Siéntese en el borde de la cama", dice la señorita July.

Visitantes

Transcurrida la mañana, varias mañanas, el visitante no ha podido ver a los chicos. El señor Gante, con el cabo del rebenque, sigue señalándole la extensión indefinida de La Gris.

El visitante siente una debilidad, una resaca. Su visita a la señorita July le niega derecho a exigir.

Marías

Roque cruzó el río para ver a María Luz y están bajo los sauces a la hora de la siesta. María Luz pasa los veranos en Stroeder, en casa de sus tíos. Bajo los sauces, ella le habla de la ciudad. La ciudad está frente a otro río, que tiene una sola orilla. Allí también, cuando hace calor, los chicos se bañan y María Luz también se bañaba hasta el año pasado, cuando la mamá le dijo que no porque ya estaba grande. En el río frente a la ciudad, el agua no va siempre para el mismo lado: a veces va para allí, a veces para allá, con un amplio ademán de su brazo señala María Luz.

La casa de María Luz en la ciudad tiene una galería. De noche, del lado del río está todo oscuro y del otro lado, por sobre los techos, la ciudad produce un resplandor. Como la aureola de una santa.

Pero, si ese río no tiene dirección y tiene una sola orilla, ¿por qué llamarlo río y no mar?

Ella sabe que, aunque no se pueda ver, hay otra orilla. Su padre estuvo en la Colonia y hasta en Montevideo.

En el final del verano está desnuda, para Roque, María Luz.

Marías

El quilombo es como un gran insecto chato, tangente a la llanura, a medio camino entre Stroeder y La Gris. El merodeador está acostado junto a Mary. Ella tiene los ojos cerrados y el merodeador mira el techo de paja sombría. A la luz de la vela, el techo está formado como de gusanos rectos, forzados a mantenerse derechos.

A Roque le habían contado que las muchachas en el quilombo se gastan rápido, en poco tiempo la piel se les pone tirante y con manchas y se les ven los huesos y entonces las echan y se pierden hasta caer como animales viejos para que se las coman los caranchos.

Merodeadores

Los merodeadores fueron chicos que, al crecer, nunca pudieron irse de La Gris, o que volvieron y vuelven siempre.

O que murieron al irse o cuando estaban por irse.

Se los puede ver, a veces, del otro lado del río. Siempre están solos. Cuando les tirábamos piedras, escapaban. No se sabe qué buscan.

Se dice que una vez unos chicos agarraron a uno. Era un cuerpo blando y desesperado y, cuando quisieron retenerlo, se les escurrió de los dedos. Alguno de los que entonces trataron de detener al merodeador pudo convertirse después en merodeador porque ¿cómo prever el destino de cada uno de los chicos de La Gris?

Marías

El merodeador está pegado a María. Malvendió su cuchillo de hueso para volver a ella. Su cuchillo de hueso malvendió y le acaricia el pelo teñido de rubio, la mejilla; siente el rechazo y, haciendo pinza con los dedos, la obliga a volver la cara hacia él. Le suelta la cara y aprieta los pezones hasta que ella gime de dolor. Esto es verdadero, se dice él. El dolor siempre es verdad. Aprieta más; ella lo aparta y se sienta en el borde de la cama. Que tenga más cuidado, dice. Vuelve a acostarse y él, como un bebé, se derrama en ella.

Se viste sin mirarla. Hace calor, no se puede respirar. A veces en el galpón sentía una asfixia, tantas respiraciones iban a agotar el aire. Se levantaba, salía al campo y, tirado boca abajo, lloraba hasta el amanecer. Pero esto es común entre los chicos de La Gris.

Profesor de griego

Cuando llegó, bamboleándose en el carro del negro Anselmo, el profesor de griego podía haber parecido un visitante más. Pero había en él una casi sonrisa, una despreocupación, él había pasado por encima de algo que sujetaba a los otros, pero, entonces, ¿para qué venía?

Como a los otros visitantes lo vieron cenar con el señor y la señorita July; como los otros, en el alba fue a la ventana de rejas en cruz. Pero a la mañana, antes del desayuno, se presentó en el galpón.

"Existen tres idiomas griegos: el griego clásico culto, el griego clásico vulgar y el griego moderno. Yo desconozco los tres." Fue lo único que le oyeron decir acerca del griego.

Se había parado ante la otra punta de la mesa.

"Sabe que no va a hacer falta que se quede", con voz arrastrada dijo el preceptor.

El profesor de griego asintió en silencio. Después, de repente, saltó arriba de la mesa, corrió a toda velocidad, haciendo volar los tazones y se lanzó sobre el preceptor. Lucharon en el suelo. Los chicos habían retrocedido.

Un puñetazo del profesor de griego definió la pelea. Arrastró al preceptor afuera del galpón y volvió a la cabecera de la mesa.

Las altas jarcias

En el barco que asaltaron los piratas había dos grumetes. A uno lo mataron en el abordaje y el otro, Efraín, está escondido en la sentina, entre unos fardos de cuero crudo; escucha golpes y gritos y, después, destrozos y cantos de borracho. Los piratas, dueños del barco, lo examinan a los tumbos. Efraín está sentado entre dos fardos, con las piernas replegadas y las manos cruzadas sobre el pecho, bajo el olor agrio del cuero. Ruidos y voces irrumpen en la sentina. A cuchillo abren los bultos y en cada caso se entusiasman o enfurecen. Uno de los piratas encuentra a Efraín.

Él se lleva un dedo a los labios rogando silencio. El pirata –alto, el rostro fino– por un momento lo mira a los ojos y calla. Pero enseguida alza la voz: "Vean lo que tenemos". Vienen. Efraín ve las sonrisas enormes, las miradas. Uno de ellos se inclina, lo toma por un brazo y lo hace levantarse. Lo llevan. En cubierta, es empujado al medio del círculo de hombres.

Juegan con su miedo, ríen: ¿le harán caminar la tabla hasta el mar? Le mandan que baile pero él no puede, le tiemblan las piernas. Alguien lo cachetea. Efraín baila ante los hombres, que beben ron de la botella y le hacen beber un trago, dos pero basta, que después no va a servir para nada, dice uno que es bajo, fornido y un poco viejo.

Para establecer el orden, echan suertes con una baraja. Los reyes serán los primeros.

Las altas jarcias

En Palacio, el tullido no es tullido. Atado a su carrito, es el más rápido. El bocado de metal, lubricado por su baba espesa, es en su boca una caricia que a la vez lo guía, por intermedio de la larga rienda, desde la clara mano de la princesa. Y basta un toque del látigo en su espalda para que él, como quien salta al sol, aventaje a todos.

El tullido, sentado con las piernas abiertas, suelta una baba sobre la tierra de La Gris. La baba se desliza por el hilo de sí misma y el hilo brilla al sol. El sol, rojo y amarillo, está en el fondo del cielo y está en el hilo brillante. En dos lugares a la vez.

Profesor de griego

–El tranvía –decía el profesor de griego– es un carro enorme, todo de metal, y no tiene caballos.

–Tiene locomotora –decía un chico.

–No –alzaba el dedo el profesor–. Encima del techo tiene un palo y en la punta del palo hay una estrella. La estrella –cerraba el puño el profesor– le da fuerza.

Lo miraban incrédulos.

–Tengo una fotografía –advertía el profesor y en los bolsillos desfondados de su saco localizaba una tarjeta que, contra unos edificios romanos venerables, presentaba al tranvía con su estrella. Los chicos se agolpaban mientras el profesor encendía un cigarro y aspiraba satisfecho.

–En Roma –contaba– existe un prostíbulo del amor.

–Acá también hay un quilombo –se pavoneaba alguno.

–Es muy distinto –decía el profesor–: allá las putas se enamoran del cliente. Realmente se enamoran. Por una, dos horas, a veces toda la noche, están enamoradas. Y el cliente –miraba a todos con solemnidad– también se enamora de ella.

Risas y burlas.

–¡Basta! –la voz del profesor de griego los hacía callar.

–Ustedes conocen a las Marías.

Enmudecían.

–¿Cómo son las Marías? –preguntaba el hombre, y había un silencio grave.

–Siempre las cambian, siempre se van –una voz.

–Son feas –otra voz.

–No, no son feas –otra voz.

–Son para los más chicos. A mí ya no me importan.

–Con la María del año pasado se podía jugar a la gallinita ciega.

–Son todas putas las Marías –otra voz.

Uno de los más chicos se ponía a llorar.

Y el profesor de griego retomaba la palabra:

–Las putas de Roma se llaman María, se llaman Azucena, se llaman Margarita, se llaman Dolores. Las putas de Roma los van a querer –paseaba la vista por las caras de anhelo–, cuando sean hombres, como si fueran chicos.

El profesor a grandes pasos iba y venía.

–Sin embargo –hacía una pausa–, para ir a un prostíbulo, también al de Roma, hay que pagar.

Visitantes

El visitante parte al atardecer. Hizo lo que pudo, y siente un alivio: esta noche tomará el tren en Stroeder y mañana estará con su familia, en su trabajo, en la ciudad. En el carro, se adormece.

De pronto, en un cabeceo, ve como por primera vez la figura enorme en el pescante. Casi sin movimientos, tapando el cielo, el negro Anselmo conduce. El visitante, para siempre, siente terror. El camino hace una curva y el sol, emergiendo, le hiere los ojos.

Roque

Roque se fue una mañana como cualquiera, en otoño. Cruzó el río sin recordar las tardes con María Luz. En Stroeder, alguien lo contrató para una cosecha. Trabajó en Bahía Blanca y estuvo embarcado. También viajó a Buenos Aires. Una vez, jugando a las cartas, había ganado un cuchillo de hueso.

ÍNDICE

redaliz 7

El castigo 37

Clase magistral 53

Relato del lirio 61

La Gris 101

Se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2009
en los Talleres Gráficos Nuevo Offset
Viel 1444, Capital Federal
Tirada: 1.000 ejemplares